

Hispania, LVIII/1, núm. 198 (1998)

## **LOS HISTORIADORES ESPAÑOLES Y LA REFLEXIÓN HISTORIOGRÁFICA, 1880-1980**

---

por

**GONZALO PASAMAR ALZURIA**

Universidad de Zaragoza

**RESUMEN:** *En este artículo examinamos las vicisitudes de la reflexión sobre la disciplina histórica llevada a cabo por los historiadores españoles en los últimos cien años.*

*Para ello distinguimos diversas etapas que son un reflejo de los factores básicos de la profesionalización de la historiografía española. La primera, a finales de siglo, está relacionada con el nacimiento del oficio de historiador y la recepción de los debates europeos de la «historia como ciencia». La segunda, que va de los años veinte a los sesenta, está caracterizada por una prolongada «reacción antipositivista» bajo la influencia de la epistemología y la historia intelectual de procedencia germana. Y una tercera, paralela al proceso renovación historiográfica desde mediados de los sesenta, que es la que ha traído un encuentro con cuestiones básicas de la historia social y de la moderna epistemología, preparando el terreno a las actuales reflexiones.*

**PALABRAS CLAVE.** **Historiografía, métodos históricos, España.**

**ABSTRACT:** *In this article we examine the vicissitudes of reflection on the discipline of history carried out by Spanish historians in the last hundred years. In order to do this, we distinguish various stages that are a reflection of the basic factors of the professionalization of Spanish historiography. The first stage, at the end of the nineteenth century, is related to the birth of the job historian, and the reception of European debates about "History as a science". The second, which lasts from the twenties to the sixties, is characterized by a prolonged "antipositivist reaction" under the influence of epistemology and intellectual history of German origin. And a third, parallel to the process of historiographical renewal dating from the mid-sixties, which is the one to have brought an encounter with basic questions of social history and modern epistemology, laying the ground for the present reflections.*

**KEY WORDS:** **Historiography, methodology, Spain.**

*Hispania*, LVIII/1, núm. 198 (1998) 13-48

### EL DEBATE DE LA HISTORIA COMO CIENCIA O EL NACIMIENTO DE LA REFLEXIÓN HISTORIOGRÁFICA EN ESPAÑA

En nuestro país la moderna reflexión sobre la historiografía ha ido apareciendo al compás de la lenta configuración de ésta como disciplina académica. Sólo cuando los eruditos y los historiadores profesionales han descubierto la «metodología histórica» se ha podido dar por concluido el viejo género de la preceptiva sobre las «utilidades» de la historia y la «manera de escribirla», quizá uno de los más duraderos productos de la tradicional concepción de la historiografía complemento de la retórica.

La mencionada transformación no se ha iniciado en España antes de las décadas de los setenta y ochenta del siglo pasado<sup>1</sup>. A partir de ese momento, y más concretamente entre el período fin-de-siglo y el de la Gran Guerra, se asistió al surgimiento de una curiosidad por estos temas, plasmada en discursos académicos y universitarios, artículos, reseñas y noticias de revistas, ensayos, tratados e incluso traducciones de temas de teoría y metodología de la historia firmados por eruditos profesionales, historiadores y cultivadores de las llamadas «Ciencias Morales y Políticas», llegando inclusive a suscitarse cierta polémica, expresión del nacimiento de la propia historiografía profesional española. El efecto global de esta publicística —que como se verá formaba parte de un fenómeno intelectual exterior— fue reforzar el valor de identidad de la naciente disciplina, ayudar a enmarcarla en una concepción donde se iba dibujando una división entre erudición, historiografía y filosofía, en un contexto en el que las nuevas ciencias sociales no se impusieron apenas en el terreno universitario, no pasando de un mero estado de opinión académico.

Pero ese interés autorreflexivo no tiene un sólo punto de partida. Después de todo la historiografía profesional española debe su surgimiento a la confluencia —con distinta importancia— de la erudición profesional, las tradiciones del nacionalismo historiográfico, las concepciones epistemológicas del krausismo español... Básicamente, además de constatar la recepción de los tratados sobre el «método histórico» publicados en Francia y en el mundo germano, podríamos destacar las siguientes fuentes de procedencia de dicho empeño:

---

<sup>1</sup> La última de las manifestaciones del viejo género la expondría Marcelino Menéndez Pelayo en su discurso de entrada en la Academia de la Historia, titulado «La Historia considerada como arte bella» (1883). En este escrito el polígrafo santanderino no pretendía propiamente recuperar la vieja noción de la historia instrumento de la elocuencia, sino estudiar el tradicional papel de aquélla situándolo en la naciente disciplina de la estética o en la historia de las ideas artísticas. Sin embargo, el discurso dejó una impresión de anacronismo en un momento en que los eruditos profesionales, profesores y alumnos de la Escuela Superior de Diplomática, aceptaban la importancia del «método» como rasgo básico de la historiografía (la recepción de este discurso, en PEIRÓ, I., y PASAMAR, G., *La Escuela Superior de Diplomática. Los archiveros en la historiografía española contemporánea*. Madrid, ANABAD, 1996, págs. 170-171).

En primer lugar la importancia que la Academia estaba concediendo en los años noventa a la «nueva concepción de la historia», esto es, a nociones como el «método histórico», las «monografías» o las «colecciones documentales». En segundo lugar, el influjo del positivismo filosófico cuyas manifestaciones más importantes para la historiografía se repartieron muy desigualmente en núcleos aislados y dispersos de la geografía española (Barcelona, Sevilla, Zaragoza, etc.) y ayudaron a la recepción de los debates franceses sobre el problema de la «historia como ciencia» en los años del cambio de siglo. Y en tercer lugar, la particular influencia del krausismo, que se enfrentaba con los problemas de la irrupción de las ciencias sociales y de la constitución de la historia como disciplina durante los años de la Restauración.

El primero de estos ámbitos muestra cómo la erudición profesional había matizado y modificado la tradicional autopercepción del historiador decimonónico, ese intelectual iluminado por el «genio de la historia». Los resultados de tal exaltación de la actividad erudita fueron la consideración absolutamente excepcional de historiadores «geniales» o de amplios vuelos y una *tendencia* a identificar la historiografía con las normas de la erudición profesional o con una visión restringida del «método histórico» (restringida a su vertiente técnica) que imponía una contraposición entre «las ideas preconcebidas» o «las hipótesis» y el ideal del «establecimiento de los hechos con precisión»; una prioridad de los testimonios o de «las monografías», e incluso de «las colecciones generales», sobre la «historia general», horizonte lejano y extraño a esta clase historiadores, etc.<sup>2</sup> El caso más extremo de esta tendencia lo podemos encontrar en el discurso del oficial del archivo de la Corona de Aragón, Andrés Giménez Soler, futuro profesor de la universidad zaragozana, en su recepción en la Academia de Buenas Letras de Barcelona (1899), en el que confesaba su convicción de que «la manera más propia y perfecta de escribirla [la historia] es la colección diplomática»<sup>3</sup>; y pocos meses más tarde reconocía en tono provocativo no haber leído «libros especiales de crítica histórica», sino más bien haberse dejado llevar por «los dictados del sentido común» en el estudio y la

<sup>2</sup> Vid. MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino, *Contestación a «Ambrosio de Spínola. Primer marqués de los Balbases», leído ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública de D. Antonio Rodríguez Villa, el día 29 de octubre de 1893*. Madrid, Imp. Fortanet, 1893, págs. 106-107; VIDART, Luis, «Utilidad de las monografías para el cabal conocimiento de la Historia de España», *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Excmo. Sr. ... el día 10 de junio de 1894*. Madrid, Tip. de San Francisco de Sales, 1894, págs. 27-28; FUENSANTA DEL VALLE, Marqués de la, «El progreso de las ciencias históricas á consecuencia de los nuevos descubrimientos llevados á cabo en el siglo actual», *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Excmo. Sr. ... el domingo 13 de enero de 1895*. Madrid, Imp. de José Perales y Martínez, 1895, págs. 52-53 y 58. Sobre el significado de ese nuevo lenguaje académico; PEIRÓ MARTÍN, Ignacio, *Los guardianes de la Historia. La historiografía académica de la Restauración*. Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1995, págs. 81-84.

<sup>3</sup> GIMÉNEZ SOLER, Andrés, «Formas actuales de la Historia», *Discurso leído en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona en la recepción pública del Sr. D. ... el día 26 de marzo de 1899*. Barcelona, Hijos de Jaime Jepús imps., 1899, págs. 13-14.

interpretación de los documentos <sup>4</sup>. Pero este ejemplo, que data de fechas en las que todavía faltaba la imbricación entre eruditos y profesores universitarios de disciplinas históricas, acaecida en los años subsiguientes, es más sintomático por lo que tiene de defensa del trabajo erudito que por lo que significa como norma metodológica (una concepción del mismo estrechamente corporativista que, en efecto, contrasta con las definiciones mucho más generosas ofrecidas por los fundadores de la erudición profesional española unas décadas antes). El discurso de Giménez Soler era una apuesta por una visión restringida de la erudición histórica en un momento en el que se estaba produciendo la recepción de ensayos de metodología y epistemología de las ciencias sociales y de la historia, sobre los cuales existía una mayor receptividad que la que pudiera indicar el comentado discurso.

Efectivamente, a finales de siglo en el mundo latino —Francia en concreto—, se comenzaba a asistir al nacimiento de la filosofía de la ciencia; fenómeno presentado por uno de sus más conspicuos iniciadores, Émile Boutroux, maestro de Durkheim, como «un movimiento de la filosofía hacia las ciencias y la vida» y viceversa <sup>5</sup>. A esa búsqueda de relaciones con el conocimiento científico no fueron ajenas las nuevas disciplinas sociales —sociología, antropología, lingüística, economía...—, que pugnaban denodadamente por abrirse camino en un receloso mundo universitario <sup>6</sup>. Éstas, con fuerte necesidad de argumentos históricos, acabarían planteando el problema expreso del «carácter científico de la historia», cuyo debate finisecular lo comenzó desatando la obra de Paul Lacombe, *De l'histoire considérée comme science* (1894), ambicioso intento de fundamentación psicológica de la historia, de factura positivista, que buscaba en las instituciones «el efecto de una constitución de fuerzas psíquicas» y que concedía la prioridad a las «instituciones económicas» <sup>7</sup>. Incluso los historiadores profesionales miembros de la «*école méthodique*» francesa, mucho mejor instalados que las nacientes dis-

<sup>4</sup> GIMÉNEZ SOLER, Andrés, «El Justicia de Aragón ¿es de origen musulmán?»: *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (tercera época), 4 (abril 1901), págs. 205-206.

<sup>5</sup> BOUTROUX, Émile, «La philosophie»: VVAA, *Un demi siècle de civilisation française, 1870-1915*. Paris, Hachette, 1916, pág. 14. Cfr. POLIZZI, Gaspare, «Sull'epistemologia allo stato nascente. La 'Revue de Métaphisique et de Morale tra 1893 e 1914'»: *Studi Storici*, 1 (enero-marzo 1993), pág. 167; y LUKES, Steven, *Émile Durkheim, su vida y su obra. Estudio histórico crítico*. Madrid, Siglo XXI, 1984, pág. 57.

<sup>6</sup> Sobre la introducción de las ciencias sociales en la universidad finisecular en Francia, St. Lukes, *Ibidem*, págs. 99-107; 287-318; KARADY, Victor, «Strategie de réussite et modes de faire-valoir de la sociologie chez les durkheimiens», *Revue française de sociologie*, 1 (janvier-mars 1979), págs. 49-82; y WEISZ, George, «L'idéologie républicaine et les sciences sociales. Les durkheimiens et la chaire d'histoire d'économie sociale à la Sorbonne», *Ibidem*, págs. 83-112.

<sup>7</sup> Sobre la concepción de LACOMBE, Paul, ALLEGRA, L., y TORRE, A., *La nascita della storia sociale in Francia. Dalla Comune alle «Annales»*. TORINO, L. Einaudi, 1977, págs. 120-122. La obra de Lacombe fue publicada en castellano en la editorial Espasa-Calpe en 1948. Pasó completamente desapercibida en España en la postguerra, sin que la llegara a citar ni un solo autor, quizá debido a que fue imprimida en Argentina pero desde luego al propio clima intelectual de la época (*infra*). Además, el propio nombre del autor está equivocado en la versión española («Pierre

ciplinas sociales, no habían podido sustraerse a ese estado de inquietud y de polémica.

En el caso español no es anecdótico constatar cómo a finales de siglo historiadores ideológicamente liberales, a la par que exaltaban el método histórico en sus discursos académicos, se mostraban receptivos o confiados en la sociología aunque rechazaban los «excesos naturalistas». De los ejemplos antes reseñados, Vidart había tenido palabras favorables para aquélla, porque «ha venido (...) á recoger y concretar estas parciales iniciativas [la «historia como obra colectiva»], construyendo en firme la teoría de la organización y funciones de los pueblos como personas sociales»<sup>8</sup>; y el marqués de la Fuensanta del Valle había considerado «provechoso» aunque «exagerado» el «método» de Taine<sup>9</sup>. Por su parte, el catedrático de la universidad de Zaragoza Eduardo Ibarra, en un discurso de tono positivista y marcadamente regeneracionista (1897), se había atrevido a pronosticar que «surge (...) relación tan estrecha entre la Sociología y la Historia que no es difícil percatarse de que en un futuro ambas ciencias han de fundirse en una sola», pues «cuando las leyes del desarrollo social estén fijadas de un modo definitivo, los hechos históricos servirán de comprobantes á la exactitud de las mismas y, unidas en estrecho abrazo, nos ofrecerán el cuadro, ni sospechado siquiera por los historiadores antiguos, de una ciencia completa que investigue y exponga científicamente el desarrollo y vida de las sociedades humanas»<sup>10</sup>. Este diagnóstico, menos extraño de lo que pudiera parecer, con independencia de su optimismo, debemos considerarlo resultado de la autopercepción y de la confianza de algunos de los primeros profesionales, que veían en el historiador un personaje destinado a una labor trascendental en la instrucción pública e incluso en la orientación de las jóvenes disciplinas sociales.

La introducción de la sociología en España, que arraigó en los medios académicos de casi todas las tendencias ideológicas, especialmente entre intelectuales liberales y republicanos, tuvo un efecto apreciable aunque efímero sobre los historiadores regeneracionistas a finales de siglo. Quizá el que más acertadamente lo diagnosticó fue quien pasa por ser el primer «sociólogo» universitario español, Manuel Sales y Ferré, al opinar que esa sociología no era más que la antigua filosofía de la historia «depurada de su tendencia metafísica y tomada en sentido práctico y experimental»<sup>11</sup>. Expresado de otra manera: la lectura de autores positivistas mencionados por los historiadores

---

Lacombe» en vez de «Paul Lacombe»), aunque no es una traducción de mala calidad (Las referencias a la psicología como ciencia auxiliar de la historia y a la base psicológica de las instituciones, *Ibidem*, págs. 34-47, 115, 195-205; la importancia de la economía, págs. 64 y ss, 305 y ss.).

<sup>8</sup> VIDART, Luis, *op. cit.*, pág. 20.

<sup>9</sup> FUENSANTA DEL VALLE, Marqués de la, *op. cit.*, págs. 53-54.

<sup>10</sup> IBARRA Y RODRÍGUEZ, Eduardo, «Progresos de la ciencia histórica en el presente siglo». *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1897 á 1898 en la Universidad de Zaragoza por el doctor D. ... Zaragoza*, Imp. de Ariño, 1897, pág. 62.

<sup>11</sup> SALES Y FERRÉ, Manuel, *Estudios de Sociología. Evolución social y política*. Primera Parte. Madrid, Lib. de Victoriano Suárez, 1889, pág. VIII.

españoles en sus discursos y artículos, los Spencer, Buckle, Flint, Taine, Renan, Lacombe, Tarde, Gumpłowicz o Nordau —la mayoría traducidos pero cuyas vicisitudes literarias en España no son bien conocidas—, más allá de sus tesis específicas, que prácticamente todos se sintieron impelidos a criticar por su excesivo biologismo, tuvo el efecto de airear un pensamiento encorseado en un escolasticismo tradicional; signo evidente de que iba disminuyendo el desconocimiento y el recelo hacia las ciencias sociales, aunque ambos siguieran presentes.

Pero los años que mediaron entre el cambio de siglo y la Gran Guerra fueron decisivos para la constitución de la historiografía universitaria española, tanto en el terreno institucional y de proyectos editoriales como en el de contactos y carreras personales. Durante ese tiempo algo superior a una década se asentó la historiografía a imitación de la escuela francesa y de la «escuela ránkiana», fracasando las expectativas de desarrollo universitario de las ciencias sociales. El optimismo sociológico regeneracionista experimentaría un rápido retroceso y la reflexión historiográfica adquiriría unos tintes completamente eclécticos, enemigos del positivismo filosófico, que tendrían larga fortuna.

Un caso ilustra perfectamente este fenómeno porque el mismo autor mudó de opinión sobre estos temas aproximadamente en el lapso del cambio de siglo. En 1897 el catedrático de Arabe de la universidad de Zaragoza, Julián Ribera, había publicado un conjunto de conferencias de pretensiones regeneracionistas, quizá las más coherentemente influidas por la inquietud epistemológica finisecular, bajo el título *Orígenes del Justicia de Aragón*, de cuyo inmediato influjo ya quedó constancia en la apertura del Curso 1897-98 de aquella universidad oficiada por su amigo Eduardo Ibarra (*supra.*). El autor se mostraba convencido de la existencia de unas «leyes de la imitación», «leyes primarias y fundamentales para la historia»<sup>12</sup>, de las cuales la institución del Justicia aragonés —en su opinión de origen musulmán— sería un caso concreto; de modo que si se acertara a formularlas, «bastarían por sí mismas á dar carácter rigurosamente científico á la historia»<sup>13</sup> e incluso serían posibles las «predicciones históricas»<sup>14</sup>.

En realidad, las «leyes de la imitación» constituían por aquel entonces una de las vertientes de la naciente disciplina sociológica en Francia —quizá la más conservadora, si dejamos a un lado el influjo del catolicismo social—, sobre todo a través de la figura y las concepciones psicológicas de un diletante como Gabriel Tarde, a quien Ribera previsiblemente conoció a través del también diletante Paul Lacombe y sólo de modo directo ya avanzado el curso de sus conferencias<sup>15</sup>. Sin embargo, pocos años después, los artículos de *Revista*

<sup>12</sup> RIBERA TARRAGÓ, Julián, *Orígenes del Justicia de Aragón* por el Dr. D. ... Con un prólogo de D. Francisco Codera. Zaragoza, Tip. de Comas hermanos, 1897, pág. 289.

<sup>13</sup> *Ibidem*, pág. 201.

<sup>14</sup> *Ibidem*, págs. 291 y ss.

<sup>15</sup> *Ibidem*, Conferencias V y VI, págs. 195-300; la referencia expresa a G. Tarde, *Ibidem*, pág. 282. Su discípulo Miguel Asín aseguraría años más tarde que Ribera había llegado a la teoría de la imitación en torno a 1893 y de manera independiente del sociólogo francés (ASÍN Y PALACIOS,

de Aragón, publicación que reconocía estar influida por la *Revue de Synthèse Historique*, y el contacto con esta clase de debates del país vecino llevaron a Ribera a dar a la estampa *Lo científico en la historia* (1906), donde confesaría que «Nuevas reflexiones me han llevado por caminos nuevos: hoy creo que la historia ni es ni ha sido ni será nunca ciencia»<sup>16</sup>. Este ensayo era defensa del carácter específico del trabajo historiográfico, sobre el que de algún modo deberían pivotar las ciencias, además de una muestra de las vacilaciones, pronto superadas, sobre la definición y uso de la misma expresión «ciencia» entre los historiadores de finales de la centuria<sup>17</sup>. En las nuevas conclusiones del profesor arabista la historia carecía de los requisitos de una «ciencia particular»<sup>18</sup> tanto en el terreno metodológico<sup>19</sup> como en el teórico; constituía más bien un conjunto de «conocimientos, dispuestos y arreglados en la forma más á propósito para que la mente humana descubra semejanzas ó relaciones con que enriquecer el fondo de las ciencias ya formadas», o también, «el arte de observar los hechos pasados, de modo indirecto y á distancia conveniente, con el fin de descubrir principios no averiguados, ó de comprobar verdades aceptadas»<sup>20</sup>. Pero *Lo científico* no sólo era una manifestación de desconfianza hacia su anterior y casi incondicional perspectiva sociológica, o un reflejo del nacimiento de la historiografía universitaria española a comienzos de siglo; también, de la influencia de escritores, pronto traducidos, a la hora de defender una concepción teórica y metodológica de la disciplina histórica: esencialmente Langlois y Seignobos en la metodología, y el filósofo rumano Xénopol en la teoría.

En el terreno de la metodología los autores españoles pronto se sintieron lo suficientemente seguros para imitar los tratados de las escuelas francesa y germana. En 1913 se editó el manual de Langlois y Seignobos, vertido al castellano por Domingo Vaca, erudito profesional, miembro de la Institución Libre de Enseñanza y traductor para el editor Daniel Jorro de numerosas obras de historia y psicología. Ya de modo pionero Rafael Altamira había incluido en su *Enseñanza de la Historia* abundantes referencias a la «metodología histórica»<sup>21</sup>, pero en 1912 y 1913 se publicaron sucesivamente el manual

---

Miguel, «Introducción» a Julián Ribera: *Disertaciones y opúsculos. Edición colectiva que en su jubilación del profesorado le ofrecen sus discípulos y amigos*. Vol. I. Madrid, Estanislao Mestre, 1928, págs. XLVI-LII).

<sup>16</sup> RIBERA TARRAGÓ, Julián, *Lo científico en la Historia*. Madrid, Imp. P. Apalategui, 1906, pág. 23 (el libro es una recopilación de los nueve artículos, cada uno con título diferente, que publicó Ribera en *Revista de Aragón* entre finales de 1902 y 1905).

<sup>17</sup> En su discursos, Vidart rechaza la expresión (*op. cit.*, pág. 8), Giménez Soler la maneja (*op. cit.*, págs. 4, 24 y 31) y el marqués de la Fuensanta del Valle la utiliza en plural y deja el singular para referirse al «método científico» (*op. cit.*, págs. 8 y 52-53).

<sup>18</sup> RIBERA TARRAGÓ, Julián, *Lo científico*, págs. 102-103 y 107.

<sup>19</sup> *Ibidem*, págs. 85-96.

<sup>20</sup> *Ibidem*, pág. 105.

<sup>21</sup> ALTAMIRA, R., *La enseñanza de la historia*. Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1895<sup>2</sup>, págs. 214-247.

del jesuita Zacarías García Villada, *Cómo se aprende a trabajar científicamente. Lecciones de metodología y crítica históricas* (ampliado en 1921) y las *Cuestiones históricas* de Antonio y Pío Ballesteros. Estos trabajos estaban edificados sobre una serie de supuestos que los profesionales consideraban axiomáticos: por un lado aceptaban tácitamente la existencia de una «filosofía de la historia» otorgando a dicha expresión, como ocurría entonces en Europa, un significado que oscilaba entre el tradicional del «sentido de la historia» y el nuevo de «epistemología»<sup>22</sup>; en este apartado García Villada rechazaba las «ideas filosóficas» de la obra de Bernheim<sup>23</sup> en la siguiente edición introduciría un epígrafe sobre el providencialismo<sup>24</sup>; en segundo lugar admitían de modo pragmático la existencia y expresión de una «ciencia de la historia», que los Ballesteros se esforzaban por argumentar a través de «la historia, ciencia de las causas» de Xénopol<sup>25</sup> (*infra.*), y García Villada —quien también citaba al autor rumano— despachaba rápidamente apostillando que «no merece la pena discutirlo demasiado»<sup>26</sup>. Un pragmatismo que ya invocó expresa y previamente quien por aquel entonces se había convertido en el máximo especialista en «Cuestiones modernas de historia» y metodología, Rafael Altamira. En 1904 éste había publicado, entre otros, un breve ensayo, también bastante inspirado en la lectura de Xénopol, aplicando a la historia las consecuencias oportunas de la coetánea relativización del concepto de «ciencia»<sup>27</sup>. Finalmente, los trabajos comentados aceptaban un terreno especial del historiador compuesto de normas, el «método histórico», en el que procuraban combinar —utilizando ejemplos españoles— los dos tratados canónicos de la época: el *Lehrbuch* de Bernheim (en su versión bastante ampliada de 1908) y la *Introduction* (1898) de Langlois y Seignobos, obra más familiar para los autores españoles. La mayor identificación de García Villada entre disciplina histórica y método histórico, que le llevaba incluso a descalificar los trabajos de Altamira, representó posiciones más restrictivas vinculadas a las tradicio-

<sup>22</sup> Este último significado es el que, por ejemplo, utilizaba Croce coetáneamente —rechazando el primero (*Teoría e historia de la historiografía* [1914]. Buenos Aires, Imán, 1966, pág. 64); o el mismo que había adoptado Bernheim en la edición de 1903 de su *Tratado del método histórico* (SCHLEIER, Hans, «*Ranke in the manuals on historical methods of Droysen, Lorenz, and Bernheim*»: *Leopold Ranke and the Shaping of the Historical Discipline*. G.G. Iggers, J. M. Powell, ed., New York, Syracuse U.P., 1990, pág. 119).

<sup>23</sup> GARCÍA VILLADA, Zacarías, *Cómo se aprende a trabajar científicamente. Lecciones de metodología y crítica históricas por el ...* Barcelona, Tip. Católica, 1912, pág. 31.

<sup>24</sup> GARCÍA VILLADA, Zacarías, *Metodología y crítica históricas*. Barcelona, Sucesores de Juan Gili, 1921, pág. 11.

<sup>25</sup> BALLESTEROS, Antonio y BALLESTEROS, Pío, *Cuestiones históricas. Edades antigua y media (metodología)*. Madrid, Est. Tip. Juan Pérez Torres, 1913, págs. 41-49.

<sup>26</sup> GARCÍA VILLADA, Zacarías, *Metodología*, pág. 15.

<sup>27</sup> ALTAMIRA, Rafael: «La ciencia de la historia» (1904): *Cuestiones modernas de Historia*. Madrid, Aguilar, 1935<sup>2</sup>, págs. 124-125. Sobre la influencia de Xénopol en Altamira, el comentario, quizá necesitado de matizaciones, de CARRERAS, Juan José, «Altamira y historiografía europea»: *Estudios Sobre Rafael Altamira*. A. Alberola, ed., Alicante, Instituto de Estudios «Juan Gil Albert», 1988, pág. 408.



nes de la erudición<sup>28</sup>. Por su parte, el manual de los Ballesteros, al igual que ocurría con los tratados metodológicos europeos, daba por sobreentendido difusamente que la historiografía tenía un valor director, organizador ante otras ciencias, entre las cuales, naturalmente, estaban las nacientes ciencias sociales<sup>29</sup>.

En el terreno de la teoría la obra más influyente por aquel entonces fue la del filósofo rumano A. D. Xénopol —traducida por D. Vaca de la edición de 1908. Este autor se situaba en las coordenadas del pensamiento positivista en el mismo sentido que Langlois y Seignobos: crítico de la historia como ciencia de «leyes», del positivismo filosófico y de las concepciones sociológicas de la historia, contradictor de Paul Lacombe —consideraba a la historia política en sentido amplio, «la vida del Estado» como eje de la historiografía; sin embargo, era al mismo tiempo adversario del individualismo metodológico germano (de Ernest Bernheim y de Heinrich Rickert). Con su teoría de los «hechos de sucesión» proponía un acuerdo o una tercera vía entre ambas tendencias y aun reconociendo la necesidad de cierta generalización por parte del historiador, no llegaba a la formulación de «leyes». La «serie», como denominaba esa categoría capaz de representar los «hechos de sucesión en el tiempo», representaba dicha alternativa: «general en punto á la forma, individual en cuanto al tiempo», constituida «mediante la acción del medio y de las individualidades», permitiría «encadenar los hechos individuales en el hilo de la causalidad»<sup>30</sup>.

El de Xénopol fue un eclecticismo epistemológico que sintonizaba con la «école méthodique» y que le granjearía las simpatías de los historiadores galos<sup>31</sup>. En el caso español aconteció una influencia similar: la capacidad de la obra del rumano para formular la especificidad de la disciplina histórica manteniendo el término «ciencia de la historia», que se imponía rápidamente tras algunas dudas, también le aseguró un puesto relevante. Contrasta dicha fortuna con la traducción de *El sentido de la Historia* (1911) de Max Nordau, reputado apologista del decadentismo fin-de-siglo, publicada ese mismo año en la misma editorial y la última de las manifestaciones del positivismo filosófico vertidas al castellano por aquel entonces. Este texto, radicalmente biologista y expresión

<sup>28</sup> GARCÍA VILLADA, Zacarías, *Metodología*, pág. 43; y *Cómo se aprende á trabajar*, págs. 38-41. En el caso del jesuita se trataba de una preocupación metodológica de «procedencia vienesa» que, según han recordado sus biógrafos, «concebía la disciplina histórica como simple aportación de datos y documentos sometidos a la crítica y a la máxima exactitud» (Cfr. GARCÍA IGLESIAS, L., *El P. Zacarías García Villada, académico, historiador y jesuita*. Madrid, UPCO, 1994, pág. 96).

<sup>29</sup> Idea expresamente recogida y tesis global de la obra de SEIGNOBOS, Ch., *La méthode historique appliquée aux sciences sociales*. Paris, Felix Alcan Editeur, 1901, págs. 14 y 121-124, 163.

<sup>30</sup> XÉNOPOL, A. D., *Teoría de la historia. Segunda edición de «Los principios fundamentales de la historia»*. Madrid, D. Jorro editor, 1911, las tres referencias, respectivamente, págs. 150, 454-457 y 152. La importancia de «la vida del Estado», que para el autor era perfectamente compatible con la «historia de la civilización», *Ibidem*, págs. 484-487.

<sup>31</sup> ALLEGRA, L., y TORRE, A., *op. cit.*, pág. 122.

del darwinismo social, despreciaba y criticaba completamente el carácter científico de la historiografía y el sentido teleológico de la filosofía de la historia <sup>32</sup>. Por su parte, la comentada obra de Xénopol, también perteneciente al mundo intelectual del positivismo, no resistiría el paso del tiempo. Terminó cayendo en el olvido a lo largo de las décadas posteriores con la desaparición del pensamiento positivista, y sólo un autor tan deliberadamente ecléctico como José Antonio Maravall lo sacaría en cierto modo de ese olvido en su *Teoría del saber histórico* <sup>33</sup>.

Ese asentamiento en España de la noción de «ciencia de la historia» debió probablemente sus formulaciones más coherentes a los intelectuales krausistas. Como es sabido, durante la Restauración el krausismo español había dejado de ser una «escuela filosófica» para convertirse en una tradición relativamente dispersa, inclinada hacia el derecho y los «estudios de literatura y arte» en lo que se refiere a sus intereses filosóficos <sup>34</sup>, pero abierta a las ciencias sociales, y a la sociología en particular; fenómeno que Adolfo Posada acertaría a calificar de «krausopositivista» <sup>35</sup>.

En consonancia con esa actitud, una preocupación expresa por la epistemología había comenzado a caracterizar a esos intelectuales en las postrimerías del siglo. Los estudios de *Sociología y filosofía* de Francisco Giner (*Obras Completas*, Vol. XI, 1925), repertorio de ensayos publicados por aquellas fechas (recogidos en 1904 en una obra de idéntico título), revelaban una típica inquietud por las ciencias sociales: una curiosidad filosófica hacia la sociología, entendida como una «filosofía social» pareja a la filosofía de la historia. La aportación más destacada en estos años, el discurso de entrada

<sup>32</sup> NORDAU, Max, *El sentido de la historia*. Madrid, Daniel Jorro, 1911, págs. 385-407. Hay que advertir que Nordau era un socialdarwiniano decimonónico. Consideraba, efectivamente, que «el verdadero sentido de la historia es la manifestación del curso vital de la humanidad», pero reconocía la existencia de cierta evolución moral y no manejaba imágenes morfológicas y cíclicas de la historia, al menos en esta obra. Su influencia la hallamos, por ejemplo, en la «bohemia intelectual» de finales de siglo (Cf. TUÑÓN DE LARA, Manuel, *Medio siglo de cultura española, 1885-1936*. Barcelona, Bruguera, 1981<sup>2</sup>, págs. 159, 170).

<sup>33</sup> Cfr. MARAVALL, José Antonio, *Teoría del saber histórico*. Madrid, Revista de Occidente, 1958, 1961<sup>2</sup>, pág. 148. Previamente, en el ciclo de Conferencias de 1947-48 sobre «Metodología histórica» pronunciadas por profesores de la Universidad Central, sólo Luis de Sosa haría una casi inadvertida referencia al filósofo romano («Concepto de Historia»: *Primer curso de metodología y crítica históricas sobre formación técnica del moderno historiador*. Madrid, Estado Mayor Central del Ejército. Servicio Histórico Militar, C. Bermejo Imp., 1948, pág. 34).

<sup>34</sup> Sobre el interés por la filosofía del derecho entre los krausistas españoles durante la Restauración —que contrastó con el nulo control ejercido en las asignaturas universitarias de esta materia—, GIL CREMADES, Juan José, *El reformismo español. Krausismo, escuela histórica, neotomismo*. Barcelona, Ariel, 1969, págs. 188-192. La atención filosófica a la literatura y el arte fue otro rasgo persistente aunque de menor relevancia. La expresión del texto se refiere a los ensayos de Francisco Giner, titulados *Estudios de literatura y arte* (1876<sup>1</sup>, 1919<sup>2</sup>).

<sup>35</sup> POSADA, Adolfo, «Los estudios sociológicos en España»: *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (30 junio 1899), pág. 220. Los rasgos del «krausopositivismo», en NÚÑEZ RUIZ, Diego, *La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis*. Madrid, Túcar, 1975, págs. 79-109.

en la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Gumersindo de Azcárate (*Concepto de la Sociología*, 1891), era tributaria de una concepción parecida<sup>36</sup>. Los más ortodoxos krausistas abordaron la lectura de doctrinas sociales de carácter naturalista —especialmente la de Spencer— y de tratados sobre la «ciencia de la historia» con la convicción de que la «historia social» y la sociología, portadoras de una imprescindible función moral, estaban ligadas en última instancia a un «ciencia de los principios» o metafísica que les daba sentido. Para ellos la paternidad de las ciencias sociales habría correspondido a Krause y a la tradición idealista<sup>37</sup>. La consideración filosófica de aquéllas tenía, además, repercusiones en el concepto de la historia, que era vista como metafísica e historia universal en la más pura raigambre idealista (a la manera del *Ideal de la Humanidad para la vida*, de Krause, traducido por Sanz de Ríu, 1860<sup>1</sup>, o del *Compendio razonado de Historia General*, 1863-1876, de Fernando de Castro<sup>38</sup>). Pero en los años noventa también hubo alusiones a la «historia social», esto es, a un dominio sociológico de límites inconcretos relacionado con el «reformismo social» o modo de entender la «historia de la civilización». Con esta segunda acepción Adolfo Posada se había referido a «la Sociología como Historia», y Rafael Altamira, en la revista británica *The Athenaeum*, a los dos autores y obras en su opinión más importantes de «nuestra historia social»: las *Instituciones sociales de la España goda* de Eduardo Pérez Pujol (1894, obra póstuma) y el *Colectivismo agrario* de Joaquín Costa (1898)<sup>39</sup>.

A pesar de las novedades o precisamente gracias a ellas, en el período referido el krausismo estaba necesitado de una reflexión que trazase perfiles más definidos de la sociología y reconociese la novedad y los rasgos tradicionales de la historiografía profesional. La aparición de quienes veían en la «ciencia de la historia» un modo de referirse a la «sociología» no hacía sino abundar en esa necesidad. Algunos discípulos «emancipados» o autores independientes aunque próximos al krausismo, como Manuel Sales y Ferré o Pedro Dorado Montero, críticos de la metafísica o la «filosofía de la historia», habían entrado en liza en ese debate sobre la historia. En ésta veían el componente de unas ciencias sociales que parecían estar irrumpiendo y rompiendo con las viejas formas de pensamiento, más que una

<sup>36</sup> DÍAZ, Elías, *La filosofía social del krausismo español*. Madrid, Edicusa, 1973, págs. 229-230; y GIL CREMADES, J. J., *El reformismo español, op. cit.*, págs. 234-235.

<sup>37</sup> Cfr. PÉREZ PUJOL, Eduardo, *Historia de las instituciones sociales de la España goda. Obra póstuma de ...* T. I. Valencia, Est. Tip. de F. Vives Mora, 1896, págs. I-II.

<sup>38</sup> Sobre esta concepción de la historia en el krausismo español, LÓPEZ MORILLAS, José, *El krausismo español. Perfil de una aventura intelectual*. México, F.C.E., 1980<sup>2</sup>, págs. 40-47, 69-71, 78-82; y JEREZ MIR, Rafael, *La introducción de la Sociología en España. Manuel Sales y Ferré: una experiencia frustrada*. Madrid, Ayuso, 1980, págs. 73-88.

<sup>39</sup> Respectivamente, POSADA, Adolfo, *Principios de Sociología*. T. II. Madrid, Daniel Jorro, (1908<sup>1</sup>), 1929<sup>2</sup>, págs. 244-246; y CHEYNE, G. J. G., (ed.), *El Renacimiento ideal: epistolario de Joaquín Costa y Rafael Altamira (1888-1911)*. Alicante, Instituto de Cultura «Juan Gil Albert», 1992, pág. 195 (el texto está escrito en inglés).

naciente disciplina deudora de la Academia, de la erudición y de las escuelas europeas <sup>40</sup>.

Sales y Ferré, catedrático de sociología de la Universidad Central desde 1899, de joven discípulo predilecto de Fernando de Castro y desde hacía tiempo desligado personalmente del núcleo sevillano krausista, había llegado a concebir la sociología no tanto como un procedimiento nuevo de la filosofía y de las tradicionales Ciencias Morales y Políticas (la moral, la economía, el derecho...), tal y como la valoraban los krausistas más ortodoxos, sino como una ciencia completamente diferenciada, de marcada orientación histórica, y desligada y a la vez superadora de la filosofía y de la filosofía de la historia. En estos argumentos, objeto de censura por parte de otros krausistas, Sales quedaría completamente aislado <sup>41</sup>. Algo parecido había ocurrido con Dorado Montero, quien publicó en la *Lectura* —otra revista de comienzos de siglo atenta a la epistemología histórica— un artículo «Sobre el carácter científico de la historia» (1908). Una vez que el autor había rechazado el concepto krausista de ciencia, pues «sólo hay ciencia de los fenómenos, lo no observable no puede ser objeto de ciencia» <sup>42</sup>, intentaría justificar una doble acepción de «ciencia de la historia»: historia como substrato de todas las ciencias e historia como disciplina específica, equiparable en método y objeto a las otras, caracterizada «por la observación» y con «iguales aspiraciones mentales de catalogación y clasificación, generalización é inducción, de que resultan los conceptos, las ideas, los juicios, los raciocinios de índole general y abstracta que tiende á formular el hombre de ciencia» <sup>43</sup>, dado que «Los hechos humanos son (...) igual que los restantes fenómenos producidos por los demás seres naturales, objeto de observación y conocimiento consiguiente por parte de los hombres» <sup>44</sup>.

El reconocimiento del carácter específico de la sociología y la historiografía acabaría teniendo sus propios valedores entre los krausistas más ortodo-

<sup>40</sup> De Sales y Ferré puede decirse sin duda que fue un discípulo «emancipado» del krausismo, como ya lo caracterizó en su época Adolfo Posada; de Dorado Montero, que la influencia del krausismo le venía de su pasajero contacto personal con Giner en los años de doctorado (1883-85) y sobre todo de su colaboración posterior con Posada (1891-1904), pero la impronta positivista era anterior y sobrepasaba la influencia del propio Posada, quien lo distinguió como un autor influido por la filosofía del Derecho de Giner manteniendo «una posición original independiente» (Las caracterizaciones de SALES Y DORADO MONTERO, en POSADA, A, «Los estudios sociológicos en España», *op. cit.*, respectivamente, págs. 250 y 255). Sobre la trayectoria de SALES, JEREZ MIR, R., *op. cit.*, págs. 44-88 y 223-365; sobre la de Dorado, SÁNCHEZ-GRANJEL, Gerardo, *Dorado Montero y la «Revista de Derecho y Sociología»*. Salamanca, Europa Artes Gráficas, 1985, págs. 19-33.

<sup>41</sup> Adolfo Posada le criticaría su excesiva adscripción al positivismo y al evolucionismo («Los estudios...» *op. cit.*, págs. 250-251), objeciones que ya había adelantado Rafael Altamira en la recensión, publicada en *La España Moderna* (1889), de los *Estudios de Sociología* (1889) de Sales y Ferré (JEREZ MIR, R., *op. cit.*, págs. 289-290).

<sup>42</sup> DORADO MONTERO, Pedro, «Sobre el carácter científico de la historia»: *La Lectura*, II (julio 1908), pág. 122.

<sup>43</sup> *Ibidem* pág. 125.

<sup>44</sup> *Ibidem*, pág. 127.

xos. En esta dirección discurrieron los *Estudios de Sociología* (1908) de Adolfo Posada quien, sin renunciar completamente a la metafísica, reconocía la procedencia positivista de la sociología, definía la historiografía a través de Seignobos y Xénopol, señalaba las diferencias de ambas con la filosofía de la historia, y defendía la compatibilidad entre todas ellas<sup>45</sup>. Sin embargo, fue Rafael Altamira el encargado de fijar el estatuto epistemológico de la naciente historiografía profesional española. Su aportación consistió en conciliar, hasta donde era posible, las tradiciones krausistas con la erudición y la metodología históricas valiéndose de sus vínculos con los eruditos y de un temprano y provechoso contacto con las escuelas históricas francesa y alemana (1890). Las ideas expresadas en *La enseñanza de la Historia* (1891, 1895<sup>2</sup>), *De historia y arte. Estudios críticos* (1898) o *Cuestiones modernas de historia* (1904), pronto divulgadas entre el público culto<sup>46</sup>, acompañaron la difusión de la «ciencia de la historia» en el mundo universitario y reformularon los conceptos de «historia general» e «historia nacional». La obra altamirana en este sentido se singularizó por el intento de unir la historia de hechos políticos de los eruditos profesionales y académicos con el concepto krausista de «historia de la civilización» —o dicho en su propio lenguaje sociológico, con «la unidad orgánica de la vida social»—, persiguiendo una historia general donde la «interna» y la «externa» quedasen equilibradas:

«En una historia general (...) no puede suprimirse la historia política (...) como si el desarrollo de la personalidad jurídica, territorial y militar de los pueblos no tuviera nada que ver con su civilización. Hay (...) que dar á esta parte de la historia un lugar propio y adecuado á su importancia (...) pero á condición de estudiarla conforme al proceso natural de su formación, es decir, empezando por su aspecto interno (elementos que concurren á crearla: ideas, clases sociales, etc.) para que se vea claramente la generación y el porqué del resultado externo (los hechos políticos, revoluciones, guerras, cambios de dinastía, etc.)»<sup>47</sup>.

En esta nueva estrategia de examinar las diferencias pero también las compatibilidades entre filosofía, sociología e historiografía, el discurso de entrada a la Academia de la Historia de Gumersindo de Azcárate (1910) cerró el ciclo de las aportaciones krausistas a la reflexión historiográfica. *Carácter científico*

<sup>45</sup> POSADA, A.: *Principios*, *op. cit.*, T. II, págs. 239-265; las referencias a Seignobos y a Xénopol, *Ibidem*, págs. 240-242; GIL CREMADES, J. J., *op. cit.*, págs. 281-284.

<sup>46</sup> Ya en el curso 1889-90 Altamira pronunció en el Ateneo de Madrid una conferencia sobre «Tendencias modernas de la ciencia histórica» (Cfr. VILLACORTA, F., *El Ateneo de Madrid. 1885-1912*. Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1985, pág. 257).

<sup>47</sup> ALTAMIRA, Rafael, *La enseñanza de la historia*, pág. 152. Hay que subrayar una vez más la concordancia con los planteamientos de Xénopol, quien también pretendía compatibilizar la «historia política» con la «historia de la civilización» (A. D. Xénopol, *op. cit.*, pág. 486). Sobre la concepción de Rafael Altamira, ASÍN VERGARA, «La obra histórica de Rafael Altamira» en A. Alberola, ed., *op. cit.*, págs. 369-394; CARRERAS, J. J., *Ibidem*, págs. 395-413; y MARAVALL, J. A., «La concepción de la Historia en Altamira»: *Cuadernos Hispanoamericanos*, 477-478 (marzo-abril 1990), págs. 13-48.

de la historia, atentamente contemplado por algunos historiadores deseosos de subrayar la distancia entre la «ciencia de la historia» y la erudición<sup>48</sup>, constituyó el intento más maduro de formular una epistemología conciliadora de los principios krausistas, la sociología y la historiografía. Reconociendo tres categorías de «objetos científicos» —los principios», las «leyes» y los «hechos»—, a los que correspondían sendas «ciencias» —la filosofía (de la historia, del derecho...), la sociología y la historia (social o de la civilización)—, Azcárate establecía sus diferencias y puntos comunes<sup>49</sup>. Su discurso, en suma, fue una de las más importantes pruebas de que el «krausopositivismo», por su capacidad de adaptación a las novedades y arcaísmos del mundo culto español, había acabado imponiéndose a otras concepciones positivistas más radicales y reticentes a la metafísica y a la historiografía profesional.

#### AL ENCUENTRO DEL INDIVIDUO HISTÓRICO O LAS SOMBRAS DEL PENSAMIENTO GERMANO

Después de este período inicial, una vez afianzada la noción de método y planteada la de causalidad histórica, la autorreflexión de la historiografía española se adentraría a partir de los años veinte en una larga etapa de la que no ha salido definitivamente hasta los sesenta con la paulatina victoria de la «historia social». Dicha reflexión accedió a un terreno relacionado con las filosofías del «sujeto», las morfologías históricas y algunas historias especiales. Fue un auténtico viraje intelectual, un reflejo indirecto de las vicisitudes políticas y sociales españolas y mundiales, y una manifestación de la ausencia de arraigo universitario de las ciencias sociales. Desde el punto de vista epistemológico, una prolongada reacción «antipositivista» que adquirió verdaderos tintes políticos tras la Guerra Civil.

El interés publicístico que despertara antaño la metodología histórica fue disminuyendo a medida que ésta se consolidaba. Precisamente, tras la publicación de los primeros trabajos sobre esta materia, algunos incluso reeditados y ampliados como el de García Villada, predominó la solución intermedia de traducir obras extranjeras a las que se incorporaban referencias y ejemplos españoles: en 1923, la de Seignobos sobre la historia y las ciencias sociales, preparada por Domingo Vaca; en 1937, la *Introducción al estudio de la historia*; síntesis de la obra de Bernheim, y en 1944, la versión de la obra de Wilhelm Bauer, también *Introducción al estudio de la Historia* (1921<sup>1</sup>), con amplias anotaciones de Luis García de Valdeavellano. A esta nómina se sumaron los primeros manuales de «ciencias auxiliares», de paleografía o arqueo-

<sup>48</sup> DELEITO PIÑUELA, José, recensión de ..., *La Lectura* (julio 1910), págs. 326-327.

<sup>49</sup> AZCÁRATE, Gumersindo de, «Carácter científico de la historia». *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Sr. D. ..., el día 3 de abril de 1910*. Madrid, Imp. de los sucesores de Hernando, 1910, págs. 36-37 y 48-49.

logía, herederos de los trabajos de cátedra de la antigua Escuela Superior de Diplomática. Consolidadas en el período de entreguerras las secciones del Centro de Estudios Históricos y las «cátedras de doctorado» de la Universidad Central, fundadas las principales revistas especializadas apadrinadas por la Junta para Ampliación de Estudios, resulta sintomático que hasta finales de los años cuarenta la metodología histórica no haya merecido una publicación notoria y cuando la ha tenido, repitiese las enseñanzas anteriores (los dos cursos impartidos por profesores de la Universidad Central en el Servicio Histórico Militar; *infra*). Cabe exceptuar quizá la actividad de Rafael Altamira en el exilio con la metodología para la historia del derecho <sup>50</sup>.

La disminución de la reflexión historiográfica se debió sin duda al asentamiento de la profesión en un panorama en el que el positivismo filosófico no había ayudado a alumbrar nada duradero y en el que las reformas de la instrucción pública se habían quedado cortas en el mundo universitario. Como constató gráficamente José Deleito Piñuela, uno de los pocos historiadores capaz de seguir atento al espíritu interdisciplinar surgido en el país vecino, «hoy que la fiebre del especialismo va aventajando a las construcciones sintéticas, parece que una conjura de silencio se extiende sobre la obra de Sales y Ferré» <sup>51</sup>. No es causal que de las obras teóricas de orientación positivista — aunque no exclusiva— publicadas en esos años podamos destacar las reediciones ampliadas de los *Principios de Sociología* de Adolfo Posada (1908<sup>1</sup>, 1929<sup>2</sup>) y de las *Cuestiones Modernas de Historia* de Rafael Altamira (1904<sup>1</sup>, 1935<sup>2</sup>). No faltaron, por supuesto, las invocaciones de éste último a la divulgación, a la enseñanza y a los valores liberales de la historiografía, según puede observarse en esa segunda edición. Pero por aquel entonces las fuentes de la curiosidad reflexiva ya tenían otros lugares de procedencia.

Tras la Gran Guerra, patentes el declive del krausismo como grupo intelectual y la plasmación de algunos de sus proyectos en un contexto de movilización política de los intelectuales <sup>52</sup>, el panorama universitario español comenzó a abrirse más a los estímulos extranjeros y a sentirse atraído por los ecos de un fenómeno ya conocido en el mundo germano por lo menos desde finales de siglo: la búsqueda de un rearme intelectual de la tradicional «concepción germana de la historia» o, como le llamaban sus protagonistas, «el problema del historicismo». Era un objetivo en el que el mundo germano contaba con empeñados filósofos e historiadores; todos enemigos declarados de los «métodos generalizadores» de las ciencias sociales y todos ellos entrega-

<sup>50</sup> PESET, Mariano, «Rafael Altamira en México: el final de un historiador», A. Alberola (ed.), *op. cit.*, págs. 253-261.

<sup>51</sup> DELEITO PIÑUELA, José, «La enseñanza de la historia en la universidad española, y su reforma posible». *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1918 á 1919 en la Universidad literaria de Valencia por ...* Valencia, Tip. moderna á cargo de GIMENO, M. s.a., pág. 66.

<sup>52</sup> Sobre este problema, SUÁREZ CORTINA, Manuel, *El reformismo en España. Republicanos y reformistas bajo la monarquía de Alfonso XIII*. Madrid, Siglo XXI, 1986, págs. 114-128; LAPORTA, F. J., *Adolfo Posada: Política y sociología en la crisis del liberalismo español*. Madrid, Edicusa, 1974, págs. 156 y 181-212; TUÑÓN DE LARA, M., *Medio siglo*, *op. cit.*, págs. 232-239; etc.

dos a recuperar las raíces idealistas del «historicismo» sin renunciar a su principio básico: «totalidad individual» versus «ciencias matemáticas y mecánicas» (Ernest Troelsch)<sup>53</sup>. Uno de sus efectos más destacables fue el de elevar la importancia de la «historia intelectual» (*Geistesgeschichte*) en la misma escuela alemana —ilustrado por la trayectoria del propio Friedrich Meinecke—, pero, sobre todo, influir a través de las historias especiales. Tal influjo lo constataría uno de los más preocupados por esta problemática, Johan Huizinga, descubierto en España en los años treinta y cuarenta, en su presentación en nuestro país entre el público universitario:

«Hasta parecía a menudo como si la importancia de la Historia política se desplazase al segundo plan; crecía en cambio, la demanda por la Historia del comercio y de la industria, del arte y de las ideas, en suma de la cultura. Consecuencia de este proceso de especializar y diferenciar fué que en el tiempo moderno los nombres de los grandes pensadores históricos se encuentran más frecuentemente en los terrenos especiales que en el de la Historia en general»<sup>54</sup>.

Cuando los supuestos idealistas de la «concepción germana de la historia» entraron en crisis en los años del Imperio, uno de los más importantes argumentos para confrontar y defender ese «método individualizador» ante la aparición de las ciencias sociales fue el de que la tradición idealista alemana —y no las tradiciones positivistas francesa y anglosajona— habría sido la auténtica inventora de las ciencias sociales. Este razonamiento, quizá familiar a algunos krausistas españoles (*supra.*), cobraba un significado completamente defensivo en la pluma de los escritores traducidos a partir de los años veinte. Lo hallamos convertido en elemento principal de sus polémicas, algunas vertidas al castellano como la del especialista en historia constitucional Georg von Below, enconado defensor del idealismo, adversario de las ciencias sociales y muy valorado en el *Anuario de Historia del Derecho Español*, o la del economista y sociólogo tradicionalista austriaco Othmar Spann<sup>55</sup>. No menos importante era la consecuencia que acompañaba a dicho argumento: el asumir que las historiografías especiales (social, de la economía, del arte...), sin dejar de pertenecer a sus correspondientes disciplinas idealistas, serían más dadas a manejar categorías conceptuales que el historiador general, «que ha

<sup>53</sup> DE SALIS, J. R., «La théorie de l'histoire selon Ernest Troelsch»: *Revue de Synthèse Historique*, 127-129 (juin 1927), págs. 5-13; y RINGER, F. K., *El ocaso de los mandarines alemanes. Catedráticos, profesores y la comunidad académica alemana, 1890-1933*. Barcelona, Pomares-Corredor, 1995, pág. 108. El significado político y filosófico de la crisis del historicismo, en CARRERAS ARES, J. J., «El historicismo alemán»: *Estudios de Historia del España*. Vol. II. Madrid, UIMP, 1981, págs. 638-641; y IGGERS, G. G., *The German Conception of History. The national tradition of historical thought from Herder to the present*. Middletown, Connecticut, Wesleyan U.P., 1983<sup>2</sup>, págs. 200-222.

<sup>54</sup> HUIZINGA, Johan, *Sobre el estado actual de la ciencia histórica. Cuatro conferencias*. Madrid, Revista de Occidente, 1934, pág. 44.

<sup>55</sup> VON BELOW, J (orge), «Comienzo y objetivo de la Sociología»: *Anuario de Historia del Derecho Español*, 3 (1926), págs. 5-30; y SPANN, Othmar, *Filosofía de la sociedad*. Madrid, Revista de Occidente, 1933.



de dejar actuar sobre sí mismo la plenitud de la intuición histórica» (F. Meinecke)<sup>56</sup>. En la escuela francesa, al margen de que la historiografía quedase definida a través de criterios no idealistas —aunque en parte críticos con el positivismo filosófico—, se sobreentendía también una diferencia epistemológica entre la historia general y las historias especiales que apunta en parecida dirección. Seignobos lo expresó así en su obra sobre la historia y las ciencias sociales: mientras las historias especiales (de las costumbres, de las artes, de las religiones, de las instituciones...) «no dan más que una descripción de abstracciones sucesivas», «el carácter» de la historia general es «ser una descripción de la realidad concreta, de contar los actos o las aventuras del conjunto de los hombres que han formado la sociedad»<sup>57</sup>.

En España la recepción del fenómeno referido pronto fue «monopolizado» por un personaje ya notorio como Ortega y Gasset<sup>58</sup>. Su porfiado interés por la historia, que data de comienzos de los veinte, del «trienio bolchevista» y del inicio del período de la Dictadura, se ha interpretado de modo contrapuesto: de un lado, como una defeción «contrarrevolucionaria» de la prioridad otorgada hasta entonces a la política, de otro, como un modo de protesta intelectual contra la Dictadura<sup>59</sup>. Sea cual sea el significado de tales invocaciones a la historia, lo cierto es que a partir de ese momento Ortega se embarcó en una febril actividad para dar a conocer distintas obras históricas representativas de las «ciencias del espíritu» de inspiración germana. «Va para antiguo que en mis errabundos escritos —señalaría en 1935—, en las ediciones de la *Revista de Occidente* y en las de 'Espasa-Calpe', doy al público los empujones que puedo para inducirle al estudio de la historia»<sup>60</sup>. Con la colaboración de

<sup>56</sup> MEINECKE, Friedrich, *Preussen und Deutschland im 19 und 20 Jahrhundert*, Brosch, 1918, pág. 479 (cfr. DIEZ DEL CORRAL, Luis, *De Historia y Política*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1956, págs. 152-153); y BAUER, Wilhelm, *Introducción al estudio de la historia*. Barcelona, Bosch, 1944, págs. 128 y 154.

<sup>57</sup> SEIGNOBOS, Ch., *La méthode historique*, op. cit., págs. 160-161.

<sup>58</sup> Contra lo que plantea Julio Aróstegui, el interés de Ortega por la historia no tiene que ver con la revolución historiográfica de nuestro siglo. Es un producto de la influencia de la crisis filosófica del historicismo en la que historiadores y filósofos habrían intentado redescubrir el carácter «idealista» de las categorías historiográficas, y buscar una epistemología siempre de espaldas a los conceptos positivistas de «leyes» y «causalidades». El artículo de ARÓSTEGUI, J., «Historiografía y autorreflexión, la "Historiología" de Ortega»: *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, 21 (jun 1995), págs. 27-48.

<sup>59</sup> La primera de las interpretaciones en ELORZA, Antonio, *La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset*. Barcelona, Anagrama, 1984, págs. 138-140. La segunda, en REDONDO, Gonzalo, *Las empresas políticas de José Ortega y Gasset*. «*El Sol*», «*Crisol*», «*Luz*» (1917-1934). Vol. II. Madrid, Rialp, 1970, págs. 70-81. Más recientemente, la separación entre cultura y política propugnada por Ortega en esos primeros años de la Dictadura se ha interpretado como un rasgo de la ambigua posición del profesor ante el Régimen, quien sin ser un colaboracionista se permitía adoctrinarlo como intelectual (GARCÍA QUEIPO DE LLANO, G., *Los intelectuales y la dictadura de Primo de Rivera*. Madrid, Alianza, 1988, págs. 243-253).

<sup>60</sup> ORTEGA Y GASSET, José, «Introducción a dos ensayos de historiografía» (1935): *Obras Completas*. T. VI, Madrid, Revista de Occidente, 1955<sup>3</sup>, pág. 355.

Manuel García Morente, de su discípulo José Gaos y de otros, Ortega se esforzó en presentar y seleccionar para su traducción un repertorio que incluía desde el filósofo neokantiano Heinrich Rickert (1922) hasta historiadores como Heinrich Wölfflin (1924) o Johan Huizinga (editado y dado a conocer en 1934 y 1935), pasando por especialistas en etnología, sociología y psicología como Léo Frobenius (glosado en *El Sol* y en *Revista de Occidente* en 1924), Georg Simmel (frecuente en la misma revista y cuya *Sociología* fue editada en 1927), Hans Freyer (del que *Revista de Occidente* recogería en 1931 su introducción teórica a la *Historia Universal* de Espasa-Calpe), Wilhelm Dilthey (presentado en la revista en 1933 y 1934) o Eduard Spranger (editado en 1935). Por supuesto, Ortega no se olvidó de *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler (1923-26, 4 Vols.), de la que García Morente publicara en 1923 «una guía o carta geográfica para orientar al lector»; ni de la «Filosofía de la historia» de Hegel, que salió a la luz en 1928<sup>61</sup>.

Fue aquél un esfuerzo beneficioso para la filosofía y para algunas historias especiales, continuado y potenciado por el exilio intelectual de la postguerra, pero al que los más importantes historiadores coetáneos apenas le dedicaron públicamente atención. Ya fuese por la escasez de revistas interesadas en la historia fuera de las publicaciones profesionales asentadas con abandonado optimismo en las normas del «método histórico» —excepción hecha de *Revista de Occidente*—; ya por la agresividad con que Ortega juzgó en ocasiones al «gremio de historiadores»<sup>62</sup>, o por las reservas con que había sido acogida la interpretación de la historia de su *España invertebrada* (1921)<sup>63</sup>, lo cierto es que el planteamiento de aquél no pasó en un principio de una mera exigencia o programa personal. La pretensión orteguiana quedó plasmada de modo esquemático en el artículo titulado «La Filosofía de la historia de Hegel

<sup>61</sup> Esta enumeración, no exhaustiva, no hace referencia a las fuentes germanas que han inspirado el pensamiento de Ortega —cuestión sobre la que no hay acuerdo—, sino a autores dados a conocer a instancias del pensador español y que éste reputaba de gran interés para la divulgación y renovación historiográficas.

La falta de acuerdo acerca de las «fuentes germanas» de Ortega es una característica de los trabajos sobre el filósofo —dejando a un lado a sus discípulos, quienes siempre las consideran secundarias: Ciriaco Morón Arroyo aprecia sucesivamente las siguientes de carácter básico: COHEN, SCHELER, SPENGLER y HEIDEGGER; y de modo secundario, SIMMEL y DILTHEY (*El sistema de Ortega y Gasset*. Madrid, Alcalá, 1968, págs. 77-81, 299-306); NELSON R. ORRINGER detecta otras de autores mucho menos conocidos (*Ortega y sus fuentes germánicas*. Madrid, Gredos, 1979); y SOBEJANO, Gonzalo, considera fundamental y permanente la influencia de Nietzsche (*Nietzsche en España*. Madrid, Gredos, 1967, págs. 527-565). Sobre los rasgos políticos e intelectuales de la influencia de Ortega y de algunos autores germanos que acompañaron a esa influencia durante la postguerra, PASAMAR, Gonzalo, *Historiografía e ideología en la postguerra española: La ruptura de la tradición liberal*. Zaragoza, Prensas Universitarias, 1991, págs. 92-117 y 183-201.

<sup>62</sup> Por ejemplo en «La "Filosofía de la Historia" de Hegel, y la historiología», *Revista de Occidente*, 56 (febrero 1928), págs. 149-150.

<sup>63</sup> Testimonios de estas reservas en SÁNCHEZ ARBORNOZ, Claudio, «Recuerdos emocionales», *Revista de Occidente* (segunda época), 24-25 (mayo 1986), págs. 242-243; y PÉREZ VILLANUEVA, Joaquín, *Ramón Menéndez Pidal. Su vida y su tiempo*. Madrid, Espasa-Calpe, 1991, págs. 291-296.

y la historiología» (1928), reivindicador de una «auténtica» ciencia histórica con el neologismo «historiología», capaz de superar la propuesta neokantiana de una «reflexión lógica» de la historia pero sin caer en la «metafísica» al modo hegeliano: «un análisis inmediato de la res gesta, de la realidad histórica»<sup>64</sup>. Las categorías de esa «realidad histórica» ya las había manejado en algunos ensayos, al menos desde la publicación de *España invertebrada* — texto nietzscheano y con una clara impronta de Spengler—, pero su visión morfológica sólo se plasmó con ocasión de las conferencias *En torno a Galileo* (1933). Este ensayo sobre la problemática intelectual del Renacimiento — tema recurrente para esta tradición historiográfica—, en el que Ortega expondría categorías de impronta psicológica como «generación», «crisis histórica», o diversos «tipos vitales» históricos, puede considerarse el inicio de la influencia orteguiana en la historiografía española, influencia que no se produjo aisladamente, sino que fue de la mano de algunos de los autores antes mencionados. *En torno a Galileo* fue hasta la postguerra lo más conocido en España de la «historiología» orteguiana —complementado quizá con *Ideas y creencias* (1934), breve ensayo de «sociología del conocimiento» de influencia nietzscheana e indisimulada crítica de las ideologías. En el ensayo *Historia como sistema*, de fuerte pretensión diagnosticadora, aparecido en inglés en 1935 pero inédito en nuestro idioma hasta 1941, quedaría atrás, sin embargo, el morfologismo spengleriano a la vez que la concepción orteguiana de la historia alcanzaba un marcado tono existencialista producto de la atracción por Heidegger<sup>65</sup>.

La influencia de Ortega y de algunos de los autores antes aludidos ha cimentado una base fundamental para la reflexión de ciertos historiadores tras la Guerra Civil. Salvo excepciones, ese interés no ha venido de los profesionales de mayor reconocimiento académico y erudito, sino de autores e historias especiales dispersos aunque notorios. Los nombres de Santiago Montero Díaz, autor polifacético interesado especialmente en la filosofía de la historia y en las ideas del mundo antiguo; Pedro Laín Entralgo, historiador intelectual y de la medicina; Enrique Lafuente Ferrari, especialista en historia del arte; Carmelo Viñas Mey, buscador incansable de una «historia social» o sociología histórica; o Luis Díez del Corral y José Antonio Maravall, estudiosos de la historia del pensamiento político y social moderno y contemporáneo, constituyen puntos de referencia imprescindibles para seguir la pista de esa influencia germana sembrada por Ortega<sup>66</sup>. Cuando en 1947-50 un grupo relevante de historiadores de la Universidad Central impartió dos cursos de «Metodología y crítica históricas sobre formación técnica del moderno historiador» en el Servicio Histórico Militar, los autores que dieron mayor trasfondo filosófico a sus conferencias fueron precisamente Santiago Montero y Carmelo Viñas.

<sup>64</sup> ORTEGA Y GASSET, José, «La "Filosofía de la historia" de Hegel», *op. cit.*, págs. 171-173.

<sup>65</sup> Esta interpretación de *Historia como sistema*, como síntesis entre su «historiología» y la influencia de Heidegger, en MORÓN ARROYO, C., *op. cit.*, págs. 305-306.

<sup>66</sup> Nótese que nos circunscribimos a *historiadores profesionales*; no tratamos de los filósofos orteguianos, que no parece que hayan tenido predicamento entre aquéllos.

Sin embargo, para contextualizar mejor este ascendiente del pensamiento histórico germano después de la Guerra Civil debemos hacer dos aclaraciones más. La influencia de Ortega en el mundo universitario a partir de 1940, marginado de la cátedra de Metafísica de la Central, tuvo repercusiones políticas que desbordaron con mucho su actividad intelectual: reclamado primero como «senior» de los intelectuales falangistas durante los llamados años de la «no beligerancia» —apelación que se remonta al fundador de la Falange, José Antonio Primo de Rivera; sería invocado como mentor de los sectores no integristas a partir de los años del aislamiento internacional, especialmente en vísperas de la crisis de 1956, coincidiendo con su fallecimiento el año anterior. Por otra parte, con posterioridad a la Guerra hubo una irrupción de las concepciones de la derecha católica —tradicionalismo, neotomismo...— en el terreno universitario y de la alta cultura, que no sólo estimularían a cierta reflexión sobre la historia, sino que además ejercerían de auténticas censoras y críticas con un pensamiento germano—y en particular con el orteguiano—al que echarían en cara su «paganismo» o su connivencia intelectual con los fascismos derrotados, reproche extendido a las traducciones del exilio en Ultramar.

Los autores de postguerra lo que hicieron ante todo fue ahondar en el recelo antipositivista presente en Ortega y en los pensadores por él admirados, para dirigir la reflexión al terreno del sujeto, de la biografía y lo psicológico, exaltando lo irracional en algún caso, y desechando otro tipo de categorías y problemas. Como evocaba José Antonio Maravall, la lectura de *Historia como sistema*, obra en la que «se ponía de relieve la singularidad, la individualidad de los hechos históricos considerados como propio objeto del conocimiento de la historia (...), acompañadas estas circunstancias de una temporada de atención especial a la línea Dilthey-Meinecke, me hicieron caer en un nominalismo histórico que pudo ser grave»<sup>67</sup>. Por otro lado, subrayar rasgos como la «discontinuidad», «singularidad», «libertad» o «personalidad» de la historia tenía, además, una clara lectura política por aquel entonces; entrañaba la búsqueda de una «genuina doctrina de la historia», ya de pretensiones tradicionalistas ya de inspiración falangista.

En 1940 el cofundador de las JONS e historiador profesional, Santiago Montero Díaz, se adelantó a exponer esa necesidad de una «doctrina de la historia», que también podemos hallar por aquellas fechas en la revista *Escorial*, en algunos de cuyos artículos resuena aquella frase de Nietzsche: «El pasado no debe ser interpretado más que desde la suprema fuerza del presente»<sup>68</sup>.

<sup>67</sup> ANTONIO MARAVALL, José, «Una experiencia personal de la obra de Ortega», *Revista de Occidente*, (segunda época), 24-25 (mayo 1983), págs. 181-182.

<sup>68</sup> Como es sabido, la influencia de Nietzsche entre el público español se había ido difuminando a partir de los años veinte; pero en 1932 se publicaron en castellano sus *Obras Completas*, en una traducción más bien pobre, y, naturalmente, el ensayo titulado *De la utilidad y los inconvenientes de los estudios históricos para la vida* (*Obras Completas*. T. II. Madrid, Aguilar, 1932, págs. 71-154), cuyo comentario, por ejemplo, lo podemos encontrar en el artículo de HANS FREYER, «Los sistemas de la historia universal», *Revista de Occidente*, 99 (septiembre 1931), págs. 249-255. La crítica

*Integración del arte en una doctrina de la historia* (1940) era una reflexión sobre la idea de la «historia universal» y sus manifestaciones historiográficas basada en una taxativa apelación al «voluntarismo histórico», a la «personalidad» como sujeto de la historia, e inspirada en la teoría de «los tipos básicos de la individualidad» de Eduard Spranger —psicólogo vitalista dado a conocer en los años treinta por Ortega. Allí, con una invocación típicamente fascista, cobraba prioridad la «historia estética» y el «homo aestheticus», por ser en éste «más espontáneo y vivo el libre juego del factor personal»<sup>69</sup>. Años más tarde, repasando el trasfondo filosófico del «método histórico», la «historiografía española medieval y moderna» o «la división de la historia», en su conferencia del «Primer Curso de metodología y crítica históricas» este nietzscheano seguiría insistiendo en que «la esencia de la historia es la singularidad histórica» sin menguar ni un ápice sus prejuicios contra las tradiciones positivistas:

«Rechazamos los métodos naturalistas para la explicación de la historia universal por su notoria insuficiencia. La creatividad humana, el espíritu, la libertad que actúa decisivamente en los destinos del hombre, escapan totalmente a las previsiones de tales métodos. Y cabalmente en esos imponderables reside el motor de la Historia»<sup>70</sup>.

A la insistencia en la individualidad se le añadían la de la empatía y la intuición teñidas de irracionalismo en algunos casos, cuya procedencia general hallamos en Spengler; para quien la comprensión de una «cultura» implicaba identificarse intuitivamente con ella<sup>71</sup>. También en este terreno tuvo influencia Dilthey, el autor germano que más valoraba Ortega y al que descubrió de la mano de Heidegger. A más de dedicarle un artículo de presentación en *Revista de Occidente*, llegó a decir de él en su *Historia como sistema*, que era «el pensador más importante de la segunda mitad del siglo XIX»<sup>72</sup>, y, años

---

nietzscheana a la «objetividad histórica» está presente en las páginas de *Escorial* —y en los escritos de Montero— en diversos artículos: ALONSO DEL REAL, Carlos, «Sobre la “objetividad de la ciencia histórica”», *Ibidem*, I (noviembre 1940), págs. 168-172; e «Historiadores en peligro», *Ibidem*, 5 (marzo 1941), págs. 411-421; GENOVÉS AMORÓS, Vicente, «Dos ensayos sobre metodología histórica», *Ibidem*, 11 (septiembre 1941), págs. 383-395. A ello hay que añadir la recensión realizada por Laín Entralgo de *Historia como sistema* de Ortega, donde se afirma que «escribir inteligentemente sobre la historia» constituye un «genuino servicio nacional» y sólo se critica a éste su «relativismo» con respecto al cristianismo (*Escorial*, III, abril 1941, págs. 304-313).

<sup>69</sup> MONTERO DÍAZ, Santiago, *Integración del arte en una doctrina de la historia*. Madrid, Imp. Marsiega, 1940, págs. 22-23.

<sup>70</sup> MONTERO DÍAZ, Santiago, «Historiografía y método histórico»: *Primer curso... op. cit.*, la primera idea en pág. 53 y *passim*; la segunda, pág. 58.

<sup>71</sup> La exaltación expresa de la intuición en SPENGLER, O., *La decadencia de Occidente. Bostezo de una morfología de la historia universal*. Vol. I. Madrid, Espasa-Calpe, 1934<sup>4</sup>, págs. 81-82, 91 y 160.

<sup>72</sup> ORTEGA Y GASSET, José, «Historia como sistema»: *Obras Completas*, T. VI, pág. 41; la misma idea en «Guillermo Dilthey y la idea de la vida», *Ibidem*, pág. 165.

más tarde, que «los 'pseudointelectuales', plaga de langosta cultural, han caído sobre él»<sup>73</sup>.

En efecto, Dilthey también iba a proporcionar argumentos recurrentes para subrayar esos caracteres de «singularidad» y «libertad» de la historia y de «intuición» en el trabajo historiográfico. Sus ecos, junto con los de Spengler, se advierten en los artículos publicados en 1942 por el franquista converso Manuel García Morente. También en este caso un antipositivismo militante servía para fundamentar la tesis de que «sobre su vida biológica vive cada hombre otra vida —llamémosla histórica— que es la serie de transformaciones por la que atraviesa su ser humano (...) vida [que] no puede ser reducida a leyes generales (...) vida peculiar, propia, íntima...»<sup>74</sup>; a la vez, la biografía pasaba a erigirse en el género historiográfico por excelencia, donde el historiador debía «interpretar los hechos en la trayectoria total de la vida a través de la propia intuición de la continuidad en la vida narrada»<sup>75</sup>. Los trabajos de García Morente, velada crítica a la orteguiana «Historia como sistema», fueron además un eslabón en la influencia de la filosofía de la historia providencialista y tradicionalista, iniciada con la traducción del filósofo ruso Nicolás Berdiaeff, *El sentido de la historia* (1936, 1943<sup>2</sup>) —morfología cultural con fuerte dosis de tradicionalismo y exaltación de «lo intuitivo»<sup>76</sup>—, y el escrito del P. García Villada, *El destino de España en la Historia Universal* (1936, 1940<sup>2</sup>, 1948<sup>3</sup>)<sup>77</sup>, y cultivada por autores como Rafael Gamba —asiduo de diversas revistas del Consejo Superior—, y de modo esporádico por historiadores ideológicamente ligados al tradicionalismo como Luciano de la Calzada o Martín Almagro.

Quizá fue Pedro Laín Entralgo quien más insistentemente se sirvió de la influencia de Dilthey, Heidegger y Ortega con motivo de sus estudios, de claro significado político, sobre el pensamiento y la obra de Menéndez Pelayo, que le mantuvieron en el punto de mira de los furiosos más integristas a mediados de los cuarenta. Laín se había visto atraído durante la Guerra por el pensamiento germano y la historia de la medicina, reivindicándola como «ciencia cultural» o «idiográfica» al modo de Windelband y Rickert en *Medicina e Historia* (1941)<sup>78</sup>. Pero a la hora de escoger un procedimiento para esas «ciencias

<sup>73</sup> ORTEGA Y GASSET, José, «La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría evolutiva» (escrito en 1947): *Obras Completas*, T. VIII, pág. 308, nota.

<sup>74</sup> GARCÍA MORENTE, Manuel: «Ideas para una filosofía de la historia de España» (conferencia pronunciada en la apertura del curso 1942-43 en la Universidad Central): *Idea de Hispanidad*. Madrid, Espasa-Calpe, 1961, pág. 150; y «La estructura de la historia», *Príncipe de Viana*, 8 (tercer trimestre 1942), págs. 288-291.

<sup>75</sup> GARCÍA MORENTE, Manuel, «Ideas...», págs. 153-154; y «La estructura...», pág. 291.

<sup>76</sup> Sobre Berdiaeff y su influencia en la postguerra, SOROKIN, P. A., *Las filosofías sociales de nuestra época de crisis. el hombre frente a la crisis*. Madrid, Aguilar, 1956, págs. 182-190; y PASAMAR, G., *op. cit.*, págs. 104 y 189-190.

<sup>77</sup> El comentario de esta obra, en GARCÍA IGLESIAS, L., *El P. Zacarías García Villada, op. cit.*, págs. 248-254.

<sup>78</sup> LAÍN ENTRALGO, Pedro, *Descargo de conciencia*. Barcelona, Barral, 1976, págs. 326-327.

culturales» este intelectual falangista prefería más a Dilthey que a los neokantianos, autores a los que el propio Ortega había considerado «anticuados»<sup>79</sup>. En consonancia con esto, en las oposiciones a la cátedra de Historia de la Medicina de la Universidad Central (1942) Laín aseveraría que «La aplicación del método de Rickert serviría si los sucesos históricos tuviesen la veracidad imperturbable de los procesos físicos, en los que son posibles juicios sintéticos anteriores a la experiencia. Para el libre acontecer del hombre, el proceso es inservible, nos deja en la estacada»<sup>80</sup>. Su biografía de Menéndez Pelayo, no obstante, fue la obra que más rotundamente le llevó al terreno de la historia intelectual y de la epistemología histórica. *Menéndez Pelayo. Historia de sus problemas intelectuales* (1944) se iniciaba con tres capítulos teóricos de influencia diltheyana y heideggeriana sobre el significado y los elementos de la «comprensión», el papel capital de la biografía en la historiografía y la propuesta de que junto a los hábitos psicológicos y éticos del biografiado, «nuestro problema es saber qué quiso hacer una persona con su vida entera», pues «si adquirió en su temporal existencia tales o cuales hábitos, fue precisamente merced a ese empeño suyo espontáneo o influido con hacer algo de y con su vida»<sup>81</sup>.

Todavía más clara fue la influencia diltheyana en *Las generaciones en la historia* (1945) del mismo autor. Este ensayo, salpicado de los lugares comunes de la historia dominio de la «libertad», «singularidad» y «discontinuidad»<sup>82</sup>, era un intento de «desbiologizar» la categoría de «generación», de enmendar la «historiología» orteguiana en una dirección más obsesionada por el problema de la «vivencia»<sup>83</sup>, de llevar aquella categoría a un terreno psicológico definiéndola como una «forma que adopta la conciencia histórica del hombre ante una determinada época»<sup>84</sup>. La materia de las generaciones estaba teniendo por entonces una inusitada fortuna intelectual, iniciada primero entre filólogos e historiadores del arte y pronto entre otros historiadores. Su divulgación llevó al orteguiano Julián Marías, bajo el padrinazgo de su maestro, a reivindicar dicho hallazgo en *El método histórico de las generaciones* (1949<sup>1</sup>, 1960<sup>2</sup>, etc.), pieza importante para la divulgación del concepto cuya génesis establecía en autores franceses del siglo pasado y al que añadía

<sup>79</sup> ORTEGA Y GASSET, José, «Prólogo a "Ciencia cultural y ciencia natural" (sic.) de Enrique Rickert»: *Obras Completas*, T. IV, pág. 306.

<sup>80</sup> Parte de dicha Memoria de oposiciones recogida en LAÍN ENTRALGO, Pedro, «El método historiográfico en la obra de Enrique Rickert»: *Revista Nacional de Educación*, 42 (junio 1944), pág. 15.

<sup>81</sup> Cfr. LAÍN ENTRALGO, Pedro, *Menéndez Pelayo. Historia de sus problemas intelectuales*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1944, págs. 32-33.

<sup>82</sup> LAÍN ENTRALGO, Pedro, *Las generaciones en la historia*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1945, págs. 269-270 y *passim*.

<sup>83</sup> Este intento de orientar el programa orteguiano en una dirección más psicológica se puede observar también en el artículo de LAÍN, «Sobre el apoyo del hombre en la historia»: *Revista de Estudios Políticos*, 17 (septiembre-octubre 1944), págs. 49 y ss.

<sup>84</sup> La crítica al concepto de «generación» entendido como categoría fundamental de la historia, en *Las generaciones*, *op. cit.*, págs. 281-294.

una cierta dimensión sociológica inexistente en los escritos orteguianos más allá de las referencias nietzscheanas, aunque el discípulo se esforzaba en mantener lo contrario <sup>85</sup>. La nueva referencia quedó expresada en este texto:

«Los usos sociales, las creencias, las ideas del tiempo se imponen automáticamente a los individuos; éstos se encuentran con ellos y con su presión impersonal y anónima; no quiere esto decir que forzosamente hayan de plegarse a los contenidos vigentes; pero tienen que contar con ellos (...) y eso quiere decir tener vigencia» <sup>86</sup>.

La influencia de Ortega y Dilthey fue especialmente importante para el concepto de «historia del arte». En realidad, las primeras reflexiones sobre las ciencias históricas especiales datan de la postguerra (*infra.*). En el caso del arte varios factores habían acompañado su configuración profesional y universitaria convirtiéndose en una parte de la historia general: el abandono definitivo del concepto de «Bellas Artes» de raíces dieciochistas, la separación completa de la arqueología o la vinculación a la disciplina de la estética <sup>87</sup>. Sin embargo, todavía no existía una reflexión sobre la asignatura y sólo lentamente se comenzaba a sentir la necesidad de categorías específicas. Algunos pasos habían tomado esa dirección: la traducción en 1912 de la *Estética* de Benedetto Croce, en la que participó Unamuno, o la de *Los conceptos fundamentales en la historia del arte* de Heinrich Wölfflin (1924, edición alemana de 1916), realizada por José Moreno Villa a instancias de su amigo Ortega. «Historia del arte sin nombres», *Los conceptos* proporcionarían por primera vez un lenguaje conceptual a los especialistas españoles, a más de sintonizar con el interés orteguiano por las morfologías históricas <sup>88</sup>. Ahora bien, hasta el discurso de Enrique Lafuente Ferrari en la Academia de Bellas Artes en 1951, no se puede hablar de una reflexión en profundidad sobre la materia. En ese momento este orteguiano reivindicaba una concepción enemiga de cualquier evolucionismo y planteamiento morfológico, en la que se hermanaran la historia cultural y el interés por la estética y la creación individual: «Personalidad, creación como elemento primordial de la historia artística [Croce] (...).

<sup>85</sup> En *El tema de nuestro tiempo* (1923), escrito de fuerte influencia nietzscheana, Ortega consideraba que toda generación estaría compuesta de una masa y una minoría (*Obras Completas*, T. III, pág. 147); sin embargo, la aplicación realizada en *En torno a Galileo* (1933) estaba relacionada con la historia intelectual —sólo se refería a la «minoría»— y carecía de toda referencia sociológica.

<sup>86</sup> MARIAS, Julián, *El método histórico de las generaciones*. Madrid, Revista de Occidente, 1967<sup>4</sup>, pág. 88.

<sup>87</sup> Hemos estudiado este problema en «De la historia de las bellas artes a la historia del arte (la profesionalización de la historiografía artística española)», *VII Jornadas de Arte. Historiografía del arte español en los siglos XIX y XX*. Madrid, Departamento de Historia del Arte «Diego Velázquez». Centro de Estudios Históricos, 1995, págs. 137-149.

<sup>88</sup> La conexión entre Ortega y la traducción de Moreno Villa de la obra de Wölfflin, en MORENO VILLA, José, *Vida en claro. Autobiografía*. Madrid, F.C.E., 1976<sup>2</sup>, pág. 114.



Comprensión a lo Dilthey y no explicabilidad o causalidad. Interpretación y no evolución...»<sup>89</sup>.

Esta tendencia a considerar la historia dominio de lo individual quedó matizada en el caso de Carmelo Viñas Mey, historiador cuya reflexión se situaba en el terreno aparentemente más propicio de la sociología, aunque también completamente periférico o «auxiliar» desde su aparición en España a finales del XIX. Además, cuando diera comienzo la carrera académica de Viñas en los años treinta, la cátedra de sociología de la Universidad Central estaba regentada por Severino Aznar Embid (1916-1936), sucesor del krausopositivista Manuel Sales y Ferré y figura destacada del catolicismo social, completamente desinteresada por la sociología histórica a la que un coetáneo caracterizó como «sociólogo para la acción»<sup>90</sup>. La fundación en 1942 del Instituto Balnes del Consejo Superior crearía el ámbito propicio para el cultivo de una sociología de orientación católica con cierta vocación teórica e historiográfica de la que carecía hasta entonces y conformada, entre otros, por un interés en la teoría y morfología culturales y en la «historia social». La madurez de la sociología y la renovación de la historiografía en los años sesenta fueron factores determinantes en la decadencia de dicho dominio. Pero el principal sustentador de ese interés historiográfico sería precisamente Carmelo Viñas, heredero de las tradiciones del reformismo social fin-de-siglo que convocara a conservadores y a krausistas, si bien a éstos últimos debemos las páginas más novedosas de historiografía; un conocedor in situ del «problema agrario» —como algunos reformistas sociales—, antes de su llegada a la universidad compostelana<sup>91</sup> y, finalmente, un contagiado de los afanes teóricos de las «ciencias del espíritu» germanas.

Viñas no emprendió su reflexión desde la historia intelectual, sino desde los planteamientos de la *Kulturgeschichte* y la sociología histórica, dirigiendo sus dardos contra la «tradicional» historia institucional, lo que subrayaba todavía más su deseo de sincretismo antipositivista. Como escribió en la necrología de Johan Huizinga, la historia y la sociología compartían el mismo objeto, «el grupo humano», y estaban «separadas por los límites que hay 'entre lo descriptivo y lo normativo', entre la realidad contingente y el esquema conceptual», de modo que «el historiador percibe en el pasado —y describe— ciertas formas ideales (...) de sociedad, de arte, de veneración de

<sup>89</sup> LAFUENTE FERRARI, Enrique, «La fundamentación y los problemas de la historia del arte» *Discurso de ingreso leído en la sesión pública el día 15 de enero de 1951 y contestación del Excmo. Sr. D. Elías Tormo y Monzó*. Madrid, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 1951, pág. 123.

<sup>90</sup> RUIZ DEL CASTILLO, Carlos, *Semblanzas de los Excmos. señores Don Salvador Mingütiñón y Don Severino Aznar*. Madrid, Imp. Juan Bravo, 1960, pág. 42. Para el pensamiento de Severino Aznar, VIÑAS MEY, Carmelo, «La vida y la obra de Severino Aznar»: *Revista Internacional de Sociología*, 68 (octubre-diciembre 1959), págs. 525-543.

<sup>91</sup> Las dos obras que caracterizaron a Viñas como heredero de las tradiciones del reformismo social fin-de-siglo fueron, *La Reforma agraria en España en el siglo XIX*. Santiago, Tipografía de «El eco franciscano», 1933; y *El problema de la tierra en la España de los siglos XVI y XVII*. Madrid, Instituto Jerónimo Zurita, 1941.

Dios, de derecho, de industria, de vida nacional y popular, de vida y cultura. Una función reside en cada forma, y el sociólogo las define»<sup>92</sup>. Años más tarde añadiría desde idénticos presupuestos que «la sociología clásica es un producto de las corrientes del idealismo en sus varias modalidades, del romanticismo, de la escuela histórica, del tradicionalismo y de la nueva biología espiritualista, en mayor medida que del positivismo propiamente dicho»<sup>93</sup>. En concordancia con ello vería en las categorías sociales y económicas —o institucionales— más que fenómenos «colectivos» en sí mismos, expresiones de las «formas de la individualidad», manifestaciones de la unión de las ideas de «comunidad» e «individualidad». Estos planteamientos le permitían reivindicar a un tiempo la psicología social y la sociología del conocimiento de procedencia germana, los «tipos sociales» o «vitales» y la idea de generación<sup>94</sup>. En definitiva, para Viñas la «historia social» siguió constituyendo un dominio sociológico de límites inconcretos en la línea del reformismo social de finales del XIX, en el que por razones ideológicas hacía hincapié en ciertas doctrinas sociales y sustituía las tradicionales categorías institucionales por visiones morfológicas.

La atracción ejercida por las morfologías culturales, tachonadas de trasfondo existencialista —origen parcial de ese interés por la sociología histórica—, se revelaría a medio plazo incompatible con la renovación historiográfica. No obstante, el contexto cultural de los años cuarenta y cincuenta, de escasez y de miseria económicas, les aseguró una ascendencia singular. Los autores más radicales o más identificados con los fascismos derrotados, desacreditados, dejaron paso a otros autores; los Spengler, Berdiaeff o Heidegger cedieron el puesto a los Toynbee, Dawson y Jaspers. En cualquier caso las doctrinas del «individualismo metodológico» siguieron inamovibles. La influencia de Toynbee en particular constituyó el más importante ejemplo de cómo razones ideológicas, prejuicios profesionales, desconcierto en la búsqueda de teorías históricas, e incluso aislamiento político y cultural dieron un pasajero impulso al interés por la «filosofía de la historia» durante los primeros cincuenta. Jaime Vicens Vives, quien reconoció en sus estudios sobre «Geohistoria» o «Geopolítica» que Toynbee le había proporcionado los «más firmes arrestos filosóficos», reseñó con toda clase de alabanzas la obra del filósofo e historiador británico concluyendo que «renuncia por completo al sueño spengleriano y vuelve a colo-

<sup>92</sup> VIÑAS MEY, Carmelo, «In Memoriam. Huizinga»: *Revista Internacional de Sociología*, 10 (abril-junio 1945), pág. 313.

<sup>93</sup> VIÑAS MEY, Carmelo, «En torno a los orígenes de la sociología (ensayo de reconstrucción de un proceso doctrinal)»: *XVII Congreso Internacional de Sociología* (Beirut, 1957), pág. 191.

<sup>94</sup> La reivindicación expresa del manejo de «tipos vitales» o «formas colectivas de la individualidad» —que se pueden observar en algunos de sus trabajos a partir de 1940— en «Crítica interna»: *Segundo Curso de metodología y crítica históricas para la formación técnica del moderno historiador*. Madrid, Estado Mayor Central del Ejército, Imp. C. Bermejo, 1950, págs. 148-150; la exaltación del «método de las generaciones», bajo la interpretación de Laín, en «En torno a los orígenes de la sociología...», *op. cit.*, págs. 214-217.

car a la fecunda individualidad creadora en el plano que siempre le correspondió»<sup>95</sup>.

Desde la teoría cultural o la sociología habían sido criticados tanto los irracionalismos más llamativos como la obsesión por la psicología histórica ya en los años cuarenta. En *Revista Internacional de Sociología* no faltaron por entonces las críticas a Spengler ni a la filosofía vitalista en general. Como escribió en 1947 uno de sus más asiduos colaboradores, «el 'espiritualismo' y el culturalismo de Dilthey y otros autores alemanes nos ha puesto en trance de ver extinguirse por completo la ciencia sociológica, ya que en su reacción antinaturalista han estado a punto de inyectarnos otra vez el famoso espíritu objetivo de Hegel, cuya eliminación es uno de los supuestos básicos de la sociología»<sup>96</sup>. A partir de 1945 la sociología histórica se reforzó con los planteamientos de Hans Freyer, que acabaron en el acervo de algunos historiadores inquietos, convertidos por José Antonio Maravall en su *Teoría del saber histórico* en una de las principales propuestas sobre los conceptos históricos<sup>97</sup>. La obra de Freyer era fiel representante de los coletazos finales de la sociología histórica alemana de comienzos del siglo: discípulo de Spengler, descubridor tardío de Dilthey, empeñado en superar el planteamiento —todavía enemigo de la sociología— de la diltheyana *Introducción a las ciencias del espíritu* (1883); defensor de la independencia de aquella respecto a las «ciencias del espíritu de carácter sistemático», la consideraba ciencia matriz de carácter histórico frente a las otras «ciencias del espíritu» ajenas al tiempo, y la asentaba en planteamientos existencialistas insistiendo en que «las formas sociales son los fundamentos de nuestra existencia»<sup>98</sup>.

### LA SALIDA DEL TÚNEL O LA RECEPCIÓN DE LA HISTORIA SOCIAL

En los años cincuenta los historiadores españoles comenzaron a conocer en unos casos, a criticar públicamente en otros y a dejarse influir en los menos, por la escuela de Annales. Situando a un lado a su más decidido par-

<sup>95</sup> VICENS VIVES, Jaime: recensión de TOYNBEE, A. J., *A study of history* (en *Destino*, 1949), *Obra Dispersa*. Vol. II. *España. América. Europa*. Barcelona, Ed. Vicens Vives, 1967, pág. 442. La influencia de Toynbee en Vicens Vives, en MUÑOZ I LLORET, J. M., *Jaume Vicens i Vives (1910-1960). Una biografía intelectual*. Barcelona, eds. 62, 1997, págs. 193-200.

<sup>96</sup> PERPIÑÁ, Antonio, recensión de DILTHEY, W., *Hombre y mundo en los siglos XVI y XVII*. Méjico, F.C.E., 1944, *Revista Internacional de Sociología*, 17 (enero-marzo 1947), págs. 261-262. Además, PASAMAR, G., *Historiografía*, *op. cit.*, págs. 241-242.

<sup>97</sup> MARAVALL, José Antonio, *Teoría*, *op. cit.*, págs. 152-155. Un ejemplo del conocimiento de Freyer entre los historiadores de los años cincuenta es el de Miguel Artola, en su *Introducción a Los orígenes de la España contemporánea* (1959), quien se refiere al autor alemán al hablar del concepto de «sociedad estamental» (Vol. I. Madrid, IEP, 1975<sup>2</sup>, pág. 13).

<sup>98</sup> FREYER, Hans, *Introducción a la sociología*. Madrid, eds. Nueva Época, 1949<sup>2</sup>, págs. 5-31. Sobre las ideas de Freyer, RINGER, F. K., *El ocaso...*, pág. 221; y PASAMAR, G., *Historiografía*, *op. cit.*, pág. 243.

tidario, Vicens Vives, la sensación que debió causar entre los menos pasivos debió ser de autoafirmación: una «escuela» de sesgo «unilateral», que, sin embargo, ratificaba una necesidad largamente propugnada de ampliar los horizontes del historiador. En 1953 la revista *Arbor* tradujo un artículo del medievalista belga Charles Verlinden, donde por primera vez aparecía un ambiguo intento de delimitar el concepto de «historia social»: distinto de la sociología histórica, de la etnología y de la geografía humana pero próximo a la historia económica, todavía lo consideraba definición de una historia especial<sup>99</sup>. Ya en 1960, a poco de publicarse en *Annales E.S.C.* el conocido artículo de Braudel, «Histoire et sciences sociales. La longue durée» (1958), editado en castellano una década después, Carmelo Viñas Mey, director a la sazón de *Revista Internacional de Sociología* y notorio adversario de Vicens Vives, mandó transcribirlo «por su gran significación científica y el deseo de nuestra revista de suscitar en España el interés por todas las vertientes de la sociología»<sup>100</sup>. En esos momentos andaba ya por su segunda edición el que puede considerarse ensayo teórico más importante desde comienzos de siglo, la *Teoría del saber histórico* de José Antonio Maravall (1958, 1960<sup>2</sup>); una obra donde se alineaban el pensamiento orteguiano y «las ciencias del espíritu» con las influencias de Annales. Por sus páginas desfilaron un elenco de nombres desde Ortega, Dilthey, Max Weber o Freyer, hasta Braudel, pasando por algunos casi olvidados como Xénopol. Su crítica al «metodo individualizador» le permitía considerar la «historia social» en sentido globalizador como la futura tendencia de la historiografía: «su concepción como un estudio de las relaciones estructuradas entre los individuos y los grupos, hay que tomarla como eje de toda tarea historiográfica...»<sup>101</sup>.

A medio y largo plazo la influencia de la escuela de Annales —en realidad la de Febvre, Bloch, Braudel, Labrousse y Vilar— sería esencial para alentar la reflexión sobre la historia económica y social. Sin embargo, tal vez por desconfianza y como rechazo a una «filosofía de la historia» casi centrada en la historia intelectual, o quizá debido a la vigencia de una estructura académica donde cátedras universitarias, Consejo Superior y sociedades eruditas locales eran los pilares de reconocidos usos metodológicos y eruditos, a partir de los años cincuenta la reflexión deliberada sobre la historia fue una dedicación relegada incluso por parte de los más receptivos historiadores. Un Vicens Vives influido por la escuela de Annales consideró más importantes la organización de proyectos y la reinterpretación de la historia de España y de Cataluña moderna y contemporánea que la reflexión teórica, una vez abandonado

<sup>99</sup> VERLINDEN, Charles, «¿Qué es la historia social?»: *Arbor*, 86 (febrero 1953), págs. 164-177. Un ejemplo de esa impresión sobre la escuela de Annales, en OLIVAR BERTRAND, R.: «Otra "nueva" escuela histórica»: *Arbor*, 147 (mayo 1958), págs. 407-411.

<sup>100</sup> Cfr., *Revista Internacional de Sociología*, 70 (abril-junio 1960), pág. 197. Los datos completos de la publicación del ensayo son los siguientes: *Ibidem*, págs. 197-214; y 71 (julio-septiembre 1960), págs. 357-371.

<sup>101</sup> MARAVALL, José Antonio, *Teoría*, op. cit. pág. 167 nota.

su interés por la morfología histórica y el diagnóstico cultural <sup>102</sup>. De sus contados trabajos en aquella vertiente podemos destacar el artículo que publicó en *Hispania*, *Hacia una nueva historia económica de España* (1954), con motivo de su nombramiento como profesor encargado de la asignatura de Historia Económica de España de la Facultad de Ciencias Económicas de Barcelona <sup>103</sup>. Fue aquél un breve escrito sobre la importancia de la historia económica y social para la historia general donde el profesor ampurdanés, recordando que «en general los historiadores (...) esculpimos en el vacío o nos entretenemos en describir epidermis», proponía «ir al meollo de la cuestión (...) partiendo de estos dos principios fundamentales: historia económica de un lado; historia de la mentalidad social, de otro» <sup>104</sup>.

El comentario de Vicens cobra toda su importancia si observamos que entre los mentores del Instituto de Estudios Políticos, del Instituto Sancho de Moncada del Consejo y de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas se contaban bastantes adeptos a las teorías económicas «neoclásicas», críticos de las concepciones «historicistas» de tradición germana divulgadas, entre otros, por Antonio Flores de Lemus antes de la guerra <sup>105</sup>. Por su parte, los profesores de historia económica de aquella Facultad, aun estimulados por la notoria obra de Hamilton seguían constituyendo necesariamente una prolongación de la «historia económica» de carácter institucional nacida en las Facultades de Derecho, y también de la «historia de la economía política» al estilo de Colmeiro, aunque lejos ya de la orientación ideológica de éste. Sin una tradición historiográfica reciente, a los especialistas colaboradores de la revista del Consejo *Anales de Economía*, la delimitación de su especialidad y su función no parecía presentarles mayores problemas. No siempre ocurrió lo mismo entre las historias especiales, tal y como lo demuestran los singulares esfuerzos de Alfonso García Gallo por reinterpretar, en sentido restrictivo y de espaldas a la historia general y a cualquier clase de influencia procedente de

<sup>102</sup> Cfr. el programa del Prólogo del número uno de *Estudios de Historia Moderna* (1951), bañado con una definición de la historiografía donde se daban la mano BLOCH, FEBVRE, BRAUDEL y ORTEGA (*Obra Dispersa, op. cit.* Vol. II, págs. 523-529, especialmente págs. 528-529). Que Vicens no despreciaba la reflexión teórica lo demuestra la tesis doctoral que dirigió a Juan Pérez Ballestar, cuyo resumen se halla recogido en *Estudios de Historia Moderna*, III (1953), bajo el título de «Ideas para una ordenación metódica de la historiografía», págs. 3-24; denso trabajo donde resuenan los ecos de autores como JASPERS, DILTHEY y FREYER.

<sup>103</sup> MUÑOZ I LLORET, J. M., *op. cit.*, págs. 311 y ss.

<sup>104</sup> VICENS VIVES, Jaime, «Hacia una nueva historia económica de España» (1954): *Obra Dispersa, op.cit.*, pág. 59.

<sup>105</sup> Un análisis de estos grupos, en VERLADE, Juan, *Economistas españoles contemporáneos. Primeros maestros*. Madrid, Espasa-Calpe, 1990, págs. 32-61. Quizá el único autor que pretendió construir una concepción histórica de la economía fue el académico y ex-ministro de Franco, LARRAZ, José, en *La meta de dos revoluciones* (Madrid, Blass S.A., 1946); conjunto de reflexiones sobre el carácter histórico de la economía, mezcla de neotomismo y de morfología sociológica, crítica del marxismo y de la teoría de los tipos de Weber —cuya *Economía y Sociedad* había sido editada en castellano en México en 1944.

las corrientes historiográficas europeas, el concepto de «historia del derecho» y la tradición española o lo que es lo mismo, la «escuela de Hinojosa»<sup>106</sup>.

Pero los historiadores españoles no leerían las más creativas páginas sobre la problemática de la historia económica y social hasta unos años después, a través de Pierre Vilar, sobre cuya trayectoria Vicens Vives hizo el siguiente vaticinio en 1950: «es uno de los más sólidos historiadores de la economía española, aunque no tiene aún ni el prestigio ni la autoridad, ni los recursos financieros de un Hamilton, aunque es posible que pueda llegar a parangonarsele»<sup>107</sup>. A partir de 1960, con «Croissance économique et analyse historique», su más importante trabajo teórico durante esa década, leído en la *Première Conférence Internationale d'histoire économique* de Estocolmo, Vilar se había convertido no sólo en un notable discípulo marxista de Annales, sino también en uno de los autores más preocupados por la tesitura que atravesaba la historiografía occidental tras la Segunda Guerra Mundial. Sus principales inquietudes teóricas se centraban: primero, en el diálogo entre las disciplinas de la historiografía y la economía y, por extensión, en el problema de las relaciones entre la historia general y la historia económica; interés que se remonta a los años treinta y de postguerra con el impacto de Labrousse y Hamilton<sup>108</sup>; en segundo lugar; en la repercusión del estructuralismo; y por último, en las diferencias entre la «filosofía de la historia» y el marxismo entendido como «teoría histórica». Sus propuestas derivaban de la convicción de que sólo éste habría sido capaz de asegurar un auténtico programa de «historia total»<sup>109</sup>. En nuestro país lo más conocido de las reflexiones del autor de

<sup>106</sup> Hasta la postguerra no se discrepaba sobre el hecho de que la «historia del derecho» fuese una especialidad de la historia general. Todo lo contrario, entendida en un sentido amplio como elemento fundamental de la «historia interna», se la consideraba una manifestación relevante de la propia renovación historiográfica. En la postguerra, la distribución personal y profesional del Consejo Superior, así como la crítica a las filosofías de la historia de inspiración idealista y positivista, abrieron el camino a una concepción de la historia del derecho mucho más restrictiva, formulada precisamente por Alfonso García Gallo. Éste, en su argumentación venía a negar que la historia fuese todavía la maestra de las ciencias al estilo del siglo XIX, como pretendió el «positivismo» y, por lo tanto, aseveraba que las historias especiales debían gozar de independencia y dedicarse exclusivamente al objeto que les era propio (GARCÍA GALLO, Alfonso, «Historia, Derecho e Historia del derecho. Consideraciones en torno a la Escuela de Hinojosa»: *Anuario de Historia del Derecho Español*, 23, 1953, págs. 22-23, 25 y 33). El argumento tuvo una duradera fortuna y sólo ha sido puesto en duda, entre algunos especialistas, con la renovación historiográfica de los años setenta (CLAVERO, B., *Tomás y Valiente, una biografía intelectual*. Milano, A. Giffirè, 1996, págs. 66 y 164-170).

<sup>107</sup> VICENS VIVES, Jaime, «La transformación económica de Barcelona en el siglo XVIII» (*Destino* 1950): *Obra Dispersa, op. cit.*, Vol. II, págs. 423-424.

<sup>108</sup> Destacó su análisis crítico de la influencia del keynesianismo en la historiografía, en «Problèmes de la formation du capitalisme» (*Past and Present*, 1953) (*Une histoire en construction. Approche marxiste et problématiques conjoncturelles*. Paris, Gallimard, Le Seuil, 1982, págs. 125-153). Referencias a esa influencia de las obras de LABROUSSE y HAMILTON, en «Prefacio» a *Cataluña en la España moderna. Investigaciones sobre los fundamentos económicos de las estructuras nacionales*. T. I. Crítica, Barcelona, 1979<sup>2</sup>, págs. 18-23.

<sup>109</sup> Éste es el pensamiento que había inspirado «Croissance économique et analyse historique» (Cfr. *Une histoire...*, pág. 14).

*La Catalogne dans l'Espagne moderne* se circunscribían, hasta comienzos de los setenta, poco más que a la ponencia de Estocolmo, traducida y divulgada por los discípulos de Vicens (1964), y a un sucinto pero muy representativo ensayo de las preocupaciones del hispanista. Efectivamente, la conferencia que pronunció en 1968 en la Casa de Velázquez, «Historia general e historia económica», se la puede considerar un compendio de sus polémicas en diversos frentes: las precauciones con el carácter restrictivo de los modelos económicos y sociológicos o, lo que es lo mismo, el peligro de «hacer historia económica como otros hacen historia militar o historia del arte, olvidando introducir de nuevo todas esas historias en la totalidad histórica»<sup>110</sup>; los «excesos de la epistemología» —la lectura marxista de Althusser y el espíritu antihistórico de Lévi-Strauss; o el riesgo de las técnicas refinadas entendidas como fin en sí mismas<sup>111</sup>. De estos aspectos el más importante para los autores españoles era la apuesta por la «historia total».

Entrados los años sesenta la influencia de la escuela de Annales y la inercia y decadencia de las viejas concepciones filosóficas y metodológicas se habían extendido hasta el punto de suscitar la elaboración de un ensayo teórico donde la balanza de las influencias y de las reflexiones quedaba decantada. *Comprendre el món* (1967), de uno de los discípulos de Vicens mejor situados en el terreno académico, Joan Reglà Campistol, ideológicamente liberal como su maestro, representaba un tipo de reflexión menos sofisticada que el tradicional «ensayo orteguiano», que dejaba atrás casi todas las viejas concepciones. Editado en castellano tres años después, se situaba en el umbral de un período de renovación historiográfica. El planteamiento abierto de Reglà podía aproximarle a historiadores marxistas justamente como le ocurría a Vilar respecto a algunos lectores españoles no marxistas. Cuando comenzaron a asomar esporádicamente los primeros autores marxistas en la revista *Hispania* (1968), Enrique Sebastià, colaborador de Reglà en la universidad de Valencia, pudo iniciar la recensión de aquella obra escribiendo que «es posible que sólo se compartan las motivaciones científicas en favor de una teoría histórica con que integrar la praxis de investigación»<sup>112</sup>. Efectivamente, el trabajo de Reglà evitaba un posicionamiento teórico o ideológico expreso insistiendo en el relativismo y presentismo del historiador, espectador de los grandes temas de la década, del deshielo en las relaciones entre el Este y el Oeste, de las nuevas orientaciones de la Iglesia católica, pero ajeno a todo interés en el diag-

<sup>110</sup> VILAR, Pierre, «Historia general e historia económica»: *Moneda y Crédito*, 108 (marzo 1969), pág. 15.

<sup>111</sup> Las críticas al estructuralismo, *Ibidem*, págs. 6-9; el «peligro de las técnicas», *Ibidem*, págs. 11-13.

<sup>112</sup> SEBASTIÀ DOMINGO, Enrique, «La problemática del historiar. En torno a un libro de Juan Reglà»: *Hispania. Revista Española de Historia*, 110 (septiembre-diciembre de 1968), pág. 673. Sobre la aparición de historiadores marxistas en *Hispania* recordemos que poco antes Juan José Carreras Ares había publicado un amplio estudio sobre «Marx y Engels, (1843-47). El problema de la revolución», *Ibidem*, 108 (enero-abril de 1968), págs. 56-154.

nóstico cultural <sup>113</sup>. Las disquisiciones epistemológicas quedaban circunscritas a las referencias a la «historia problema», la «historia integral» y la concepción braudeliana del tiempo plural <sup>114</sup>. Sin embargo, Reglà no pretendía una ruptura completa con las viejas concepciones. En un adelanto del ensayo citado había asegurado que «podemos considerar que las aportaciones decisivas hacia la elaboración del concepto actual de la Historia proceden de la sistematización del historiador alemán Wilhelm Bauer (...) y de la gran actividad desplegada por (...) Lucien Febvre y Marc Bloch...» <sup>115</sup>. De hecho, *Comprendre el món* conservaba todavía ciertos rasgos «arcaicos»: pretendía establecer un nexo —en forma de apéndice final— entre la reflexión historiográfica y «las grandes visiones de la historia universal»; y dedicaba un apartado específico al problema de las «generaciones», aunque procuraba relativizarlo y adaptarlo a la historia social como ya intentara Vicens unos años antes. Su argumento principal contra la consideración orteguiana de las «generaciones» como categoría suprema era la observación de la aceleración del «ritmo histórico» y el progresivo incremento en la duración de la vida humana a partir de la época contemporánea <sup>116</sup>.

El triunfo definitivo de la «historia social» en España, lo que José María Jover llamó en términos genéricos «la absorbente primacía de la historia social», tuvo lugar durante los años de la crisis del franquismo y de la Transición <sup>117</sup>. En aproximadamente una década las transformaciones del panorama historiográfico fueron inconfundibles: un mayor consumo de revistas y obras de historia, que alguien ha relacionado con la «aceleración de la historia de España» <sup>118</sup>; una preocupación por la «enseñanza de la historia» producto de los cambios en la política y en el sistema educativos; la aparición de una pléyade de jóvenes historiadores animada por viejos y nuevos maestros muy interesada por lo contemporáneo; por último, una renovada preocupación por la metodología histórica. La reflexión historiográfica española salió así de una etapa de letargo publicístico, naturalmente sin la excepcional brillantez que caracterizó a los historiadores de la República Federal Alemana en los años setenta.

<sup>113</sup> REGLÀ, Joan, *Comprendre el món (réflexions d'un historiador)*. Barcelona, Ed. A.C., 1967, págs. 17-18, 213-217 y *passim*. (la obra se publicó en castellano bajo el título *Introducción a la historia. Socioeconomía-Política-Cultura*. Barcelona, Teide, 1970).

<sup>114</sup> REGLÀ, Joan, *Comprendre el món...*, págs. 26-40.

<sup>115</sup> REGLÀ, Joan, «Notas sobre el concepto actual de la Historia»: *Revista de Occidente* (segunda época), abril 1966, pág. 23.

<sup>116</sup> REGLÀ, Joan, *Comprendre el món...*, págs. 115-116. Su maestro, Vicens Vives, pasó de considerar el concepto de «generación» a la manera de Ortega y Lain —incluso defendiéndolo en el Congreso Internacional de Ciencias Históricas de París (1950)— a relativizarlo y aplicarlo a la historia social (Sendos testimonios en VILAR, Pierre, «Bulletin Historique. Histoire Contemporaine de l'Espagne. XVIII-XX<sup>e</sup> siècles»: *Revue Historique*, t. 206 (octobre-décembre 1951), pág. 307, y VICENS VIVES, J., *Destino*, 1954, en *Obra Dispersa, op. cit.*, Vol. I, págs. 467-469).

<sup>117</sup> Cfr. JOVER, José María, «Corrientes historiográficas en la España contemporánea», CARRERAS ARES, J. J., et alii, *Once ensayos sobre la historia*. Madrid, Fundación Juan March, 1976, pág. 238.

<sup>118</sup> RUIZ, David, «La difusión del conocimiento histórico en la crisis del franquismo»: *Estudios sobre Historia de España*, *op. cit.*, pág. 388.



El fenómeno lo podemos personificar en dos polos de atención: Manuel Tuñón de Lara y Josep Fontana Lázaro. Ligada a dicha atracción, una divulgación de autores extranjeros que ganó fuerza aproximadamente desde mediados de la década consolidaría la notoriedad de Pierre Vilar. En el caso de Tuñón los setenta fueron sus años más fecundos: «bestia negra» de los historiadores franquistas, maestro de historiadores españoles y recuperado del exilio pero afincado en la universidad de Pau, su reflexión sobre la «historia social» representó el más profundo intento realizado hasta entonces, auténtico punto de partida para ulteriores ejercicios reflexivos. En cuanto a Josep Fontana, convertido en el más importante discípulo de Vicens —Joan Reglà había desaparecido prematuramente en 1973— y representante de una historiografía económica asentada como especialidad del oficio de historiador, inició públicamente una reflexión que en sustancia no variaría más tarde. Historiadores marxistas ambos, los dos irían más allá de la reflexión «metodológica» en busca de una concepción de la historia pluricausal, orientada teóricamente y «comprometida» críticamente con el presente.

La de Tuñón se inclinó más hacia la problemática metodológica, publicando en 1973 su *Metodología de la historia social de España*. (1974<sup>2</sup>, 1977<sup>3</sup>, etc.). En tal empeño había una razón de orden cultural en primer lugar: Tuñón aportaba un afán conceptualizador y sistematizador procedente del «diálogo» que los historiadores franceses habían sostenido con el estructuralismo —en particular con Althusser. Una pretensión que caía en terreno abonado, pues, como sabemos, la moderna teoría de la ciencia y por extensión el estructuralismo del país vecino habían empezado a difundirse en el mundo universitario español desde finales de la década de los sesenta <sup>119</sup>. Pero, además, *Metodología* llegaba a las librerías españolas en un momento en el que las invocaciones a la «metodología» se habían convertido en un problema prioritario de la renovación historiográfica en nuestro país <sup>120</sup>. La vieja imagen del «método histórico» procedente de los manuales y textos clásicos se había vuelto irreconocible. Los autores españoles se decantaban por una nueva y más acorde con el proceder de las ciencias sociales, expresada por ejemplo en este comentario de José Ángel García de Cortázar en la que fue primera obra conjunta de reflexiones historiográficas publicada en España:

<sup>119</sup> DÍAZ, Elías, *Pensamiento español en la era de Franco (1939-1975)*. Madrid, Tecnos, 1983, págs. 164-165.

<sup>120</sup> Las trascendentales *I Jornadas de Metodología aplicadas a las ciencias históricas* (Santiago de Compostela, 1973) coincidieron aproximadamente con otras que ratificaron la renovación de determinadas especialidades historiográficas: el *I Coloquio de Historia económica de España* (Barcelona, 1972), sobre «El crecimiento económico en la España contemporánea, realizado con el patrocinio de Ramón Carande y Pierre Vilar» (Cfr. NADAL, J., TORTELLÁ, G., eds., *Agricultura, comercio colonial y crecimiento económico en la España contemporánea*. Barcelona, Ariel, 1974, págs. 7-8); y el *I Coloquio Internacional de Historia del Derecho* (Universidad de Granada, 1973), cuyo tema básico fueron «las relaciones de la Historia del Derecho y las recientes adquisiciones de la llamada "Historia total"» (Cfr. *Hispania, Revista Española de Historia*, 125, sept.-dic. 1973, pág. 717).

«Realmente, la investigación histórica actual está demostrando cada día cómo la perspectiva global condiciona la totalidad del proceso investigador (...) ella construye el modelo teórico, influye en la formulación de hipótesis, domina la selección de los hechos y su clasificación, la construcción de tipologías, la integración de los datos...»<sup>121</sup>.

Pero la *Metodología* de Tuñón también formaba parte de la influencia de una historiografía de tradición francesa, lo que imprimía el sello a su definición de la historia social. Como ya vieron ciertos especialistas, el profesor de la universidad de Pau no establecía una delimitación de la materia en un sentido estricto. Un mesurado recensionista, Manuel Pérez Ledesma, destacaría que Tuñón admitía a un tiempo que «toda la historia es historia social», a la manera *annalista*, y que «la historia social implica un conocimiento sectorial específico»<sup>122</sup>. En realidad, aquí residían la virtualidad de la obra de Tuñón, su capacidad para conectar con los más preocupados historiadores españoles, posiblemente las razones de su éxito publicístico y un indicio de lo que estaba aportando la historiografía marxista a la renovación española. Como marxista e historiador, Tuñón no creía que la metodología acabase en una cuestión de clasificación conceptual, tipológica o de «metodología de la ciencia», aunque concedía a este aspecto un lugar primordial. Una visión «excesivamente» delimitada de la historia social chocaba no sólo con la tradición de Annales y con las características de la renovación española, sino también con la interpretación marxista de la historia. Para Tuñón, la historia social se configuraba como una especialidad en la medida en que abordase «la conflictividad social (...) las condiciones de trabajo, la condición laboral y obrera (...) [y] de los grupos sociales que se definen por su afinidad de clase o profesión», añadiendo a todo ello, «el estudio de los grupos familiares y de múltiples actividades sociales»<sup>123</sup>. Sin embargo, la preocupación del profesor de Pau estaba referida a las categorías del materialismo histórico, a una teoría histórica donde la «formación social histórica» constituiría «la verdadera categoría del pensamiento histórico que puede permitir las clasificaciones»<sup>124</sup>.

Ésta noción, citada sólo de paso en *Metodología*, donde en cambio se clarificaban conceptos marxistas como los de «estructura histórica», «crisis orgánica», «coyuntura histórica» y «cambio estructural» bajo las influencias de Althusser, Gramsci o Vilar<sup>125</sup>, había comenzado a difundirse en la histo-

<sup>121</sup> GARCÍA DE CORTÁZAR, José Angel, «Los nuevos métodos de investigación histórica» (1975): *Once ensayos, op.cit.*, pág. 43.

<sup>122</sup> PÉREZ LEDESMA, Manuel, recensión de ..., *Sistema. Revista de ciencias sociales*, 4 (enero 1974), págs. 149-150. Las referencias proceden de TUÑÓN DE LARA, M., *Metodología de la historia social de España*. Madrid, Siglo XXI, 1979<sup>4</sup>, pág. 4.

<sup>123</sup> *Ibidem*, pág. 5.

<sup>124</sup> TUÑÓN DE LARA, Manuel, «La periodización en la historia socio-económica contemporánea de España», *Cuadernos Aragoneses de Economía*, curso 1975-76, pág. 10.

<sup>125</sup> TUÑÓN DE LARA, Manuel, *Metodología..* págs. 83-87. Como ha señalado Julio Aróstegui la reflexión tuñoniana no es sólo una propuesta metodológica, sino que también contiene importantes

riografía española, propuesta como el mayor garante de esa «historia total». En la que podemos considerar la primera obra destinada al gran público sobre estos temas, Josep Fontana también había incidido en el concepto de «formación económico-social» como elemento fundamental para «el estudio histórico de las sociedades»<sup>126</sup>. La referida obra, publicada en 1973, suponía la entrada de este profesor catalán en el ámbito de la reflexión pública sobre la historia situado en las coordenadas del marxismo y con una mayor capacidad para relativizar las influencias francesas. Ubicado en la especialidad de la historia económica donde no era precisamente la reflexión «metodológica» la que urgía afrontar, descubrió pronto otras tradiciones de la historia social. Reconociéndose «seguidor» de la tradición francesa, y de Pierre Vilar en concreto, rechazaría una «historia económica que no se ha interesado por los hombres que intervengan en los hechos económicos, sino por los hechos mismos»<sup>127</sup>. Sin embargo, Fontana contemplaría con distanciamiento y fuerte sentido crítico el estructuralismo y las propuestas braudelianas. Como escribió en el mencionado ensayo, rechazaba «una historia que se limitara a describir las estructuras existentes y que, al pretender inmovilizarlas para mostrarnos su anatomía, las asfixia y nos ofrece sólo su caparazón y esqueleto»<sup>128</sup>. Más todavía, para el profesor catalán «la hora de la escuela de los “Annales” ya había pasado», sumida en una confusión de métodos e incapaz de forjar o servirse de una teoría de la historia<sup>129</sup>. En *La Historia* prefería el término «historia integradora» al de «historia total» y, trayendo a colación la obra de E. P. Thompson todavía desconocida para el público español, con sus páginas sobre la naturaleza histórica de las clases sociales, indicaría que «El historiador (...) no llegará a comprender jamás la dinámica de la evolución de una sociedad si no entiende los enfrentamientos entre las distintas clases que lo integran» y, además, «debe buscar los criterios definidores de esas clases, y las razones objetivas de sus enfrentamientos, en el plano de sus respectivas posiciones en relación con el proceso productivo»<sup>130</sup>.

Tras una inflexión a comienzos de los años ochenta, como si el final de la Transición hubiese obligado a los historiadores a establecer balances y con-

---

elementos de una teoría de la historia («Manuel Tuñón de Lara y la construcción de una ciencia historiográfica», DE LA GRANJA, J. L., y REIG TAPIA, A., coords., *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y su obra*. Universidad del País Vasco, Bilbao, 1993, pág. 185 y *passim*).

<sup>126</sup> FONTANA, Josep, *La historia*. Barcelona, Salvat, 1973, págs. 127-128. Recordemos que en el mencionado el libro conjunto de reflexiones historiográficas, otro historiador marxista, Juan José Carreras Ares, proporcionaba una rápida contextualización y definición del mencionado concepto aludiendo a su valor totalizador («Categorías historiográficas y periodificación histórica»: *Once ensayos* págs. 60-61).

<sup>127</sup> FONTANA, Josep, *La Historia*, *op. cit.*, pág. 47.

<sup>128</sup> *Ibidem*, pág. 114.

<sup>129</sup> FONTANA LÁZARO, Josep, «Ascenso y decadencia de la escuela de los “Annales”» (en catalán, *Recerques*, 1974), Ch. Parain et alii, *Hacia una nueva historia*. Akal, Madrid, 1985<sup>2</sup>, págs. 109-127.

<sup>130</sup> FONTANA, Josep, *La Historia...* pág. 110.

*Hispania*, LVIII/1, núm. 198 (1998) 13-48

clusiones —incluido Fontana con su *Historia. Análisis del pasado y proyecto social* (1982)—, nos encontramos con las actuales reflexiones, deudoras de los mencionados maestros, pero también producto de factores nuevos e inevitables. Su característica: el formar parte de un proceso de influencias más rico y sopesado así como de un notable incremento de la actividad profesional y del espíritu asociativo. Su desafío: el dar respuesta a algo tan insospechado para la historiografía española anterior como la llamada «crisis de la historia». En eso estamos.